

Universidad Pontificia de Comillas

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

La ilusión en el proyecto
personal



Rocío Ruiz Trapero

Máster en Filosofía: Condición humana y trascendencia

Resumen

El hombre tiene que hacerse a sí mismo. Se ayuda de la imaginación y de la memoria para proyectarse, anticipando su proyecto vital que responde a la pregunta que necesariamente tiene que responder: ¿Quién soy? La ilusión, en el sentido más español de la palabra, está presente en el proyecto y tiene un papel decisivo; es ella la que hace posible la autenticidad del proyecto. La ilusión es una forma de estar, una perspectiva del mundo y de uno mismo que llena de felicidad la vida del hombre.

Palabras clave: Ilusión, proyecto, filosofía, vida, persona

Abstract

We have to do ourselves. We need for that our imagination and memory to project ourselves to the future, to anticipate our life projects that respond to the question that necessarily we have to respond: Who am I? “Ilusión”¹, in the most spanish sense of the word, is inside the project and plays a decisive role; it makes our proyect able to be authentic. Is a way of being in the life; a perspective of the world and a perspective of ourselves that fills our life of hapiness.

Key words: “Ilusión”, project, philosophy, life, person

¹ No se puede traducir el término ilusión en este trabajo, ya que la acepción de la que trata todo este texto no tiene traducción posible, es una acepción puramente española.

Gracias...

A Álvaro por ser la ilusión de mi vida, por salvarme, por nuestro proyecto, por ser auténtico, humilde y bueno.

A Ortega y Julián Marías por dejarnos unas vidas ejemplares y auténticas y un camino abierto de posibilidades. A Francesco por su respuesta ejemplar a la vocación y por quedarse en España para recordarnos quiénes hemos sido y quiénes podemos y debemos llegar a ser. Por ser maestro.

A Ignacio por enseñarnos que el humilde es aquel que, humillado ante la verdad y por ella, da gracias, y por encarnar esa frase. A Miguel por su fidelidad a la verdad ante toda circunstancia. A Olga por ponernos cara a cara con el Otro. Y a todos y cada uno de los profesores que nos han acompañado en este camino, por su amor a la filosofía.

A Dios.

«Si se viera que, más allá del cariño, el apego, la protección, el cuidado, la ternura, hay una posibilidad humana llamada ilusión, es posible que se planteara de una manera más rica e inteligente la convivencia inicial de los humanos. Pero ¿cómo va a esperarse esto si apenas se sabe qué es ilusión, si casi ninguna lengua sabe nombrarla y así poseerla, y en todo caso desde hace un tiempo brevísimo si se piensa en la duración de la historia?»²

Julián Marías

² Marías, Julián, *Breve tratado de la ilusión* (1984). Madrid, Alianza editorial, 2014, p.87.

Índice de abreviaturas

AM- Antropología Metafísica

BTI- Breve tratado de la ilusión

HG- El hombre y la gente

IF- Introducción a la filosofía

LM- Libertad y método

MMP- Mapa del mundo personal

MQ- Meditaciones del Quijote

TM- Tratado de lo mejor

Índice

Justificación.....	8
Introducción.....	11
Primera parte: Algunas aproximaciones necesarias.....	14
Verdad y realidad.....	14
Vida como realidad radical.....	17
La circunstancia y la reabsorción de la circunstancia.....	21
La perspectiva.....	24
La libertad: Verdad y mentira y relación con el proyecto personal.....	26
Lo futurizo.....	29
La vocación en el proyecto.....	30
¿Quién soy?: Proyecto vital.....	31
Autenticidad en el proyecto.....	32
Segunda parte: La ilusión.....	35
La palabra ilusión.....	35
Consistencia de la ilusión.....	40
Ilusión y verdad.....	41
Ilusión e imaginación.....	41

El tiempo de la ilusión.....	44
Ilusión y deseo.....	47
Ilusión y vocación.....	48
La ilusión en el amor.....	49
La condición sexuada.....	50
Padres, hijos y abuelos.....	52
Ilusión y mismidad.....	54
Ilusión en la amistad.....	55
Maestros y discípulos.....	55
Ilusión y amor: Entre varón y mujer y el enamoramiento.....	57
La ilusión en la presencia y en la ausencia.....	58
La ilusión en el proyecto.....	60
Conclusiones.....	64
Bibliografía.....	69

Justificación

A cada uno de nosotros nos va nuestra vida, y nos va la vida en nuestra vida. Hace nueve meses no podía imaginar lo que es mi vida ahora, porque por mucho que nos anticipemos somos inimaginables. Hice este máster buscando una verdad definitiva, que se pudiera defender por sí sola, que no me necesitase a mí, a la que asirme, para quizás liberarme de una inseguridad permanente que me acompañaba y que no dejaba muy claro si el rumbo de mi vida era el correcto. Para mi sorpresa, lo que me he encontrado es que esa verdad ya la tenía desde siempre, esa verdad es mi vida. Y quizás sea ésta la palabra que más sentido haya cobrado ahora después de este tiempo.

Además, no es la verdad que mi miedo y desconfianza andaban buscando, no es una verdad que clausure ninguna pregunta, sobre todo porque ni ella misma está clausurada. Al contrario, es una verdad que abre continuamente preguntas.

Dos actitudes de esta experiencia: Agradecimiento y responsabilidad. Agradecimiento porque, como nos dijo Ignacio Verdú en sus clases, es ésta la actitud ante la verdad del que la busca sinceramente, y no por erudición, soberbia o deseo de control sobre ella. Agradecida con mi historia hasta en sus partes más oscuras, pues sin todas ellas no habría

sido posible; mi perspectiva de ahora lo es también por mi pasado. Y responsabilidad por la vocación que toda mi historia, y la historia en ella, ha preparado y yo he leído y asumido en el transcurrir de mi vida. Vocación que, ahora entiendo, se hace irrenunciable, y que me supera por todas partes, pero en la que confío extrañamente y que me provoca una tremenda ilusión.

Han sido concretamente las figuras de José Ortega y Gasset y Julián Marías, y lo poco que aún he podido leer de ellos, quienes me han hecho identificarme con esta filosofía, precisamente porque me he encontrado a mí ya viviendo en ella. Filosofía diferente a todas las demás porque no está acabada ni pretende estarlo, sino que es un “ceder el testigo” a aquel que quiera y se atreva a cogerlo, el testigo de la responsabilidad del hombre de cada tiempo, que es la responsabilidad de la creación de este hombre, acorde a las exigencias del tiempo en el que nos ha tocado vivir. Y para ello es necesario un análisis de la realidad.

Pero, ¿podemos conocer objetivamente la realidad? No, y si fuéramos conscientes de lo que ello significa tampoco querríamos; conocer objetivamente la realidad sería conocerla a través y desde el objeto. No somos objetos, no somos qué sino quién, y por ello conocemos la realidad corporalmente, circunstancialmente. Esto no quiere decir que no haya verdad ni conocimiento. Cuando me di cuenta de esto, también vi que, como consecuencia, la realidad no está formada por compartimentos estancos que *son*³, y que por tanto podemos analizar, conceptualizar y abarcar. La realidad se va haciendo y la vamos haciendo, y podemos conocerla, y debemos, para mejor hacerla.

En la estructura de este trabajo he intentado, para poder explicar qué es realmente la ilusión y qué tiene que ver con el proyecto, dar unas pinceladas de la metafísica, al menos la que está ahora mismo a mi alcance, de Ortega y Julián Marías. He elegido adentrarme en ella desde la perspectiva del proyecto, por ser la, empíricamente, más próxima a mi vivencia de esta filosofía. He procurado establecer un orden en los apartados, de forma

³ Con *son* me refiero a cosas cerradas y clausuradas, herméticas y que nada tienen que ver con el hombre, pues para afirmar esto, nos referiríamos, en consecuencia, a cosas no sujetas al cambio ni la alteración, ni a una perspectiva desde la que vislumbrarlas, y por tanto cosas fuera del tiempo y el espacio, cosas de las que poder afirmar verdades absolutas y por tanto atemporales.

que se deduzcan unos de otros y no sean islotes de contenido, sino que estén engarzados, de manera que tengan coherencia.

Empiezo con una introducción que establece el problema que es la frase “*Yo soy yo y mi circunstancia*”⁴. Y desde ella me acerco, en la primera parte, a los conceptos de la filosofía de Ortega y Julián Marías que necesito para luego hablar bien de la Ilusión. Parto de la verdad y la realidad porque la Filosofía ha seguido este camino, pero sigo con la vida como realidad radical porque es a dónde ha llegado ya la filosofía, y desde donde debo abordar todo lo demás: La circunstancia y la reabsorción de la circunstancia, la perspectiva, la libertad, lo futurizo, la vocación, el proyecto y la autenticidad.

En la segunda parte sigo el esquema propuesto por Julián Marías en su Breve Tratado de la Ilusión, aunque haciendo ligeras modificaciones de estructura, y relacionándolo con toda la primera parte. Finalizo con unas conclusiones.

⁴ Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote* (1914). Edición de Julián Marías. Madrid, Cátedra, 2014, p.77

Introducción:

«Yo soy yo y mi circunstancia»

¿Por qué partir de *proyecto* para explicar la filosofía de Ortega? Porque el proyecto es el hombre haciéndose; es, por tanto, la vida del hombre. Y la vida, mi vida, es lo más inmediato a mí. He creído lógico pues, partir de lo más inmediato a todo lo demás.

Tal y como nos dice Francesco de Nigris, en el capítulo de la estructura empírica de la vida humana en su libro *Libertad y Método*: «*La estructura analítica de la vida (...) una teoría desde la cual podemos entender la realidad concreta, en cuanto que funciona como supuesto suyo (...) entre la estructura analítica y la realidad concreta hay otro eslabón de realidad, también estructural, que configura previamente, e incluso con una cierta permanencia, la realización concreta de la vida humana*»⁵, refiriéndose a la empírica.

Esta estructura es demandada, como explica Francesco más adelante⁶, por la fórmula de Ortega : «*Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo*». Esto

⁵ De Nigris, Francesco, *Libertad y Método: El liberalismo desde la perspectiva personal de Ortega y Marías* (2005). Madrid, Fundación Universitaria Española, p. 121.

⁶ Cf. LM.

implica hacer una teoría que es un supuesto analítico del *yo*, es decir, una anticipación de lo que voy a ser, estructura analítica que se concreta empíricamente, estructura empírica, y que media entre el qué de la circunstancia y el *quién* del *yo* como *proyecto*.

En la frase: «*Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo*», el primer *yo* es el que me es más inmediato y, si no lo he entendido mal, es vida como realidad radical, vida instalada en uno de sus aspectos que es la corporalidad, como punto de partida desde el cual hacer frente, acercarme y conocer todas las cosas. El segundo *yo* es mi proyecto, lo que anticipo ser en vistas de lo que he sido y lo que ha sido el hombre también. Ese “en vistas de” hace referencia a la circunstancia, que es lo que me circunda, pero no es mi punto de partida, sino que hay un dinamismo entre *yo* como proyecto y la circunstancia.

En el momento en el que hablamos de proyecto, estamos hablando de vida humana pues, como veremos, sólo el hombre lo tiene; él es el único que tiene que hacerse a sí mismo. Dice Julián Marías que «*la limitación de la vida humana es doble: se pensará, en efecto, en que la vida se limita al realizarse, al determinarse; pero no es esto sólo, sino que, previa a esa limitación, hay otra que concierne a sus posibilidades; y ya veremos cómo esta doble y esencial limitación se articula con una extraña ilimitación*⁷». Se limita al realizarse porque hay una elección; necesariamente tenemos que elegir entre las posibilidades que nos ofrece la circunstancia, que ya veremos cuáles y cómo son. Para entenderlo mejor, vamos a poner un ejemplo.

Imaginemos que estamos al borde de un acantilado⁸, de espaldas a él. Un hombre, que nos mira de frente, nos apunta con un revólver con intención de disparar, vamos a morir, ¿qué libertad de elección tenemos en ese momento? Decidimos arrojarnos al vacío ¿qué libertad tenemos mientras caemos? Si parásemos el tiempo mientras estamos cayendo para analizar ese instante⁹, veríamos que seguimos siendo libres porque nuestras posibilidades, dentro de la circunstancia, siguen siendo infinitas, aunque estamos cayendo por un acantilado de mil metros de altura y la muerte está prácticamente asegurada. Es

⁷ Marías, Julián, *Introducción a la filosofía* (1947). Madrid, Revista de Occidente, 1953, p. 353.

⁸ Cf. IF.

⁹ Aquí uso el término instante para poder seguir adelante con el ejemplo propuesto, pero hablar de instante o momento es un problema, teniendo en cuenta que hablamos de presente, y en el momento en el que conceptuamos ese presente, ya es pasado. Intentaré desarrollar esta dificultad más adelante.

una libertad circunstancialmente infinita, esto es, infinita en la circunstancia. Vamos a desgranarlo poco a poco.

Primera parte:

Algunas aproximaciones necesarias

Verdad y realidad

He dicho antes que la realidad más inmediata con la que me encuentro y en la que me encuentro es mi vida, pero hay que retroceder un poco para no fundar esta realidad, que es mi vida, en el aire. Por eso veamos qué es realidad y qué relación tiene con la verdad.

«Realidad -para Julián Marías- es aquello con que me encuentro y tal como me lo encuentro»¹⁰. Y no podemos olvidar que, la forma en la que yo me encuentro con la realidad, es corporalmente y circunstancialmente. Esto también permite la perspectiva que veremos más adelante.

¹⁰ Ibid. IF, p. 145.

Sobre la estructuración de la realidad dice que *«hay muchos modos de encuentro con la realidad, (...) responden, por una parte, a las diferentes estructuras de la realidad¹¹»*. Y aunque no voy a entrar en ellas, pues para ello necesito más bagaje y más historia de la filosofía, hay diferentes tipos o formas de realidad según mi modo de relacionarme con ellas. Hay realidades que solo existen porque son contrarias a las que realizo en mi vida; pero las puedo mencionar, las conozco y por tanto me existen de alguna forma indirecta. Al igual que me existen algunas realidades latentes que por su conexión con las que me son más inmediatas, me son de alguna forma presentes, aunque solo pueda imaginarlas y, por lo mismo, quepa la posibilidad de hacerme una imagen equivocada de ellas.

Si yo estoy en una calle de Sevilla por la que nunca he andado, me imagino vagamente las calles anexas a la misma, aunque no tenga una idea clara de cómo son, y puedo incluso trazar conexiones hasta llegar a Madrid, imprecisas, pero ciertas, pues conozco que hay forma de llegar de Madrid a Sevilla. Las calles, carreteras, en este ejemplo y sentido, no me son inmediatas, ni las veo cuando estoy caminando por una calle de Sevilla, pero están presentes de forma latente. Mi cabeza no puede imaginar la nada, incluso la nada imaginada ya es algo.

Pero *«la expresión «realidad» sólo adquiere su sentido concreto en cuanto tengo que habérmelas con ella (...). La realidad misma nos fuerza a ejercer sobre ella una peculiar violencia, consistente en descubrirla o desvelarla, en hacerla presente o manifiesta; pero esto sólo ocurre así porque necesitamos saber a qué atenernos acerca de ella para hacer nuestra vida.»¹²* Es decir, la desvelamos cuando se nos presenta como problema, y problema no solo en sentido negativo de obstáculo, sino como ocasión de personalización de la circunstancia en orden a construir mi proyecto.

Hasta ahora hemos visto lo que es la realidad y lo que es la realidad respecto a mi vida, pero ¿qué relación tienen realidad y verdad? *«Es ésta, pues, la que requiere esa forma peculiar de presencia de las cosas que llamamos verdad. La verdad consiste, por tanto, formalmente en la patencia de la realidad, exigida por el modo de ser de la vida humana,*

¹¹ Ibid. IF, p. 145.

¹² Ibid. IF, p. 145.

y radica rigurosamente en ésta»¹³. La verdad radica en la vida humana porque nace en la vida humana.

Las cosas están para nosotros como estructuras abiertas que reclaman personalización, significado. Yo puedo personalizar, y esto es también complicar infinitamente las cosas. Por ejemplo: estoy ante una estantería llena de libros¹⁴ ordenados alfabéticamente por autores y cojo uno, en este caso no he alterado el orden, la regla de “orden alfabético de autores” sigue presente y operante, pero puedo añadir una regla dentro de la regla “orden alfabético”, como “orden cronológico”, de este modo, todos los libros de autores que empiecen por A, internamente estarán ordenados cronológicamente, y así hasta infinito, puedo complicar el orden con la combinación de infinitas reglas que me invente, independientemente de que haya o no suficientes libros para aplicarlos, puedo pensar incluso en posibles títulos, autores y criterios, de libros que no tengo delante que cumplirían ese orden que yo he complicado.

Dice más adelante: *«Necesitamos, pues, hacer algo con la realidad para ponerla en su patencia; pero eso que hacemos es precisamente dejarla ser lo que es; en otros términos, el resultado de nuestra intervención sobre la realidad no consiste en «alterarla», es decir, en hacerla ser otra, sino al contrario, en hacerla ser ella misma, en ponerla en su mismidad o autenticidad»*¹⁵. El hombre desoculta las cosas, y las cosas se quedan a la vista de alguien que cuenta con ellas en vista de su proyecto, y por tanto las dota de posibilidades, posibilidades que, si la cosa no estuviera a la vista o en relación con el hombre, no podría ofrecer.

En nuestro ejemplo del acantilado, es el mismo acantilado, las posibilidades que me ofrece; puedo sentarme al borde y contemplar el paisaje, puedo hacer *Cliff Diving*, puedo hacer escalada, puedo acampar arriba, puedo destruirlo y obtener minerales, construir una ciudad..., pero el acantilado siempre lo será, y todas sus posibilidades, en relación al hombre que haga algo con él..

¹³ Ibid. IF, p. 146.

¹⁴ Cf. De Nigris, Francesco, «Mereología, teoría del conocimiento y metafísica de Ortega como fundamento de la Antropología Metafísica de Julián Marías». Universidad Complutense de Madrid, Anales del Seminario de Historia de la Filosofía, 2018, 35 (1), pp. 205-232.

¹⁵ Ibid. IF, p. 146.

Cuando Julián Marías habla del *encontrarse*¹⁶, como forma de estar, y de estar corporalmente, dice que el cuerpo es transparente en cuanto a cuerpo sensible y eso es lo que me permite estar en y con las cosas. Cuando yo describo el *encontrarse* de una cosa, su localización, puedo hacerlo precisamente porque por esa transparencia, me sitúo en ellas y describo su encontrarse como si del mío se tratase, les otorgo un estar como si yo estuviera en ellas, porque las cosas en sí no están si no es en vista de alguien.

Sobre la realidad, las cosas y las posibilidades dice Julián Marías: *«Todo lo que de algún modo encuentro es, también de algún modo, realidad; y a la inversa, carece de todo sentido hablar de realidades aparte de mi posible encuentro con ellas, en cualquiera de sus formas, entre las cuales está ese peculiar encuentro mental que consiste en excluir todo otro encuentro que no sea el de esa mención (..) ese algo es «real» en cuanto término de ese acto mío que descarta toda otra forma de realidad suya; es decir, lo «encuentro»—por eso es «real»—como inencontrable—por eso es imposible.»*¹⁷. Lo real es todo aquello que al menos me puedo encontrar como posibilidad o imposibilidad. Lo único que no puede existir es lo que no puedo pensar, ni sentir, ni intuir. Solo puede ser para mí un problema, o algo a lo que atenerme si es una posibilidad. Lo imposible no puede ser en sí problemático sino la posibilidad de lo imposible, porque si algo imposible se transforma en posibilidad, se produce una ruptura de creencias.

El problema que me surge es ¿podemos hablar de imposible como irrealizable? Creo que solo podríamos hacerlo en presente, ni siquiera en pasado porque se puede reinterpretar, y el presente es un problema en cuanto a afirmar algo de él.

Vida como realidad radical

Ya hemos ido preparando el terreno para entender la vida como realidad radical, es decir realidad sobre la que radican las demás cosas. Hemos dicho que mi experiencia más inmediata y de la que no me puedo desentender es mi corporalidad. Como dice Julián Marías¹⁸ en *Introducción a la Filosofía*, no nos encontramos con la vida como primera

¹⁶ Marías, Julián, *Antropología metafísica* (1970). Madrid, Revista de Occidente, p. 129.

¹⁷ Ibid. IF, p.228.

¹⁸ Cf. IF, p.224.

realidad, sino en la vida y eso implica que lo primero que se nos presentan son otros problemas en ella, y desde ella, por ello tardamos en darnos cuenta de ella como realidad radical.

El problema, desde mi punto de vista, es que cuando no se la descubre como realidad radical, se corre el peligro de buscar otras raíces en las que fundamentar, y mediante las cuales dar sentido a las preguntas y problemas que van surgiendo. Cuando esto sucede, puede acontecer que, como no entiendo mi vida como realidad radical, las otras cosas y personas son referente último para las elecciones del proyecto, eso despersonaliza y hace vivir en una vida que no es la mía, se produce una ruptura entre proyecto e historia personal.

¿Qué nos salva de todo ello? El tener que dar razón de las decisiones que se van tomando en la vida y que construyen el proyecto. La razón vital *«se ve forzada a una esencial reflexión en que toma posesión de sí misma, porque sólo así puede esa vida que es razón dar razón de sí propia, y de este modo alcanzar lo que venimos llamando hace mucho tiempo una verdad radical»*¹⁹. Y solo puedo dar razones de mis elecciones en vista de lo que he sido y de lo que pretendo ser.

Julián Marías recoge en una frase el proceso mediante el cual el hombre se da cuenta de que su vida es la realidad radical: *«Sólo se llega a la realidad que es la vida cuando la acumulación de experiencias y errores obliga al hombre a renunciar a todo punto de vista parcial, a toda «teoría»—porque todas están ya ensayadas—, para recurrir a la última instancia. Y eso es la vida: una última instancia; la nuda realidad con la cual tengo que habérmelas, quiera o no, por debajo de todas las teorías e interpretaciones; la que, precisamente, me obliga a hacerlas, y en este sentido es fuente y raíz de todas ellas.»*²⁰, esto es que, el hombre está obligado a dar razón de su proyecto, de su vida, ante sí y ante los demás. Y solo cuando ese dar razón se ajusta a la realidad de su vida y, por tanto, no hay falta de autenticidad, ni consigo, ni con los demás, se puede decir con Ortega que está transformando la necesidad en libertad²¹, pero esto lo veremos en el apartado de la libertad.

¹⁹ Ibid. IF, p.224.

²⁰ Ibid. IF, p.226.

²¹ Cf. MQ.

Para acabar con este apartado, quiero hablar de las experiencias radicales. Julián Marías habla en *Mapa del mundo personal* acerca del problema que la palabra experiencia ha tenido, y cómo el empirismo ha contribuido a ello²². Quizás la acepción, cuyo significado encaja más con esta filosofía que aquí presentamos, sea vivencia; experiencia como vivencia de la propia vida. Podríamos decir que, si *estar siendo* como gerundio es algo continuo, y debido a que fragmentar ese *estar siendo* conlleva empobrecerlo y separarlo de la historia en la que sucede, solo se puede hablar de vivencia en relación a toda la historia del sujeto y sin ella no tendría sentido hacerlo. Vivencia o experiencia de la vida es siempre en referencia y sentido a lo de antes y lo de después.

Experiencia también es una parte de ese *estar siendo* que se diferencia, sin extirparse, de ese continuo; tiene un argumento propio y podemos localizar al menos el principio de esa vivencia en nuestra historia. La historia personal no es tampoco una sucesión de experiencias en cadena, pues las experiencias suelen darse en paralelo; cambiamos de trabajo a la vez que seguimos siendo padres; nos compramos un coche a la vez que seguimos dedicándonos a nuestra profesión, etc. Todas las experiencias, de manera ínfima o de manera más fuerte, van modificando nuestra trayectoria vital, pero, si bien el conjunto de experiencias habituales lo hacen de una manera más sutil, y podríamos decir que suave, las experiencias radicales suponen un cambio importante de rumbo.

Aún así, no es el “hacia dónde” lo que define una experiencia radical, sino más bien, como su propio nombre indica, que es a la raíz a la que afectan. Y el rumbo que modifican es un rumbo modificado también hacia atrás, como ahora veremos.

Dice Julián Marías que las experiencias radicales «no se insertan simplemente en la estructura de la vida, - el estar siendo del que hablábamos- como contenido de ella, sino que la determinan y afectan a su raíz»²³. Y dice más adelante que «cuando se produce va acompañada de la impresión de que afecta al quién que es cada uno (...) del tal manera que desde entonces y a causa de ella soy otro»²⁴, y esta descripción me parece de lo más acertada, pues la experiencia radical produce una relectura, sin ser explícita ni detenida sino más bien, instantánea de toda la propia historia; es cambiar de golpe la interpretación

²² Marías, Julián, *Mapa del mundo personal* (1993). Madrid, Alianza editorial, 2010, p.115.

²³ Ibid. MMP, p.116

²⁴ Ibid. MMP, p.116

de una vida. Y por eso no es simplemente un cambio de rumbo hacia el futuro, sino que revierte sobre toda la historia, y por un lado, el que la vive siente que es un hombre nuevo diferente al anterior, pero también cambia quien ha sido, no tanto por los acontecimientos que sucedieron como por el sentido de lo vivido.

Estas vivencias no tienen por qué ser positivas. Para un hombre²⁵ una experiencia radical puede ser leer un libro y darse cuenta de que toda su vida ha vivido de espaldas a su propia verdad; esto es una experiencia de claridad. Pero una experiencia radical puede ser también, un niño que sufre abusos sexuales y eso condiciona, no me gusta decir determina porque no es verdad, su forma de relacionarse con los demás y su forma de haberse entendido a sí mismo hasta ahora. Esto es una experiencia de radical oscuridad. Esta distinción no la he encontrado, de momento, en los trabajos de este autor, pero me parece importante hacer la distinción, pues el criterio que diferencia una experiencia radical de claridad, de una de oscuridad, es que la de claridad siempre va a otorgar a la persona las riendas de su libertad, va a hacer que sea más consciente de la responsabilidad que tiene sobre su proyecto. La de oscuridad sin embargo va a hacer que la responsabilidad se descentre, que la persona se sitúe en el rol de víctima, y que las riendas del proyecto, y por tanto las de su libertad, las lleven otros.

A pesar de los ejemplos que he puesto antes, no es necesario que la experiencia radical tenga un «*carácter espectacular o particularmente dramático*»²⁶, de hecho, puede llegar a darse en nosotros una experiencia radical sin que en el momento nos demos cuenta, o porque la experiencia no sea puntual, sino que sea un periodo de tiempo o un proceso, incluso que sea una experiencia que no se acabe. Si es así, nos solemos dar cuenta por los efectos, por el cambio que observamos en nosotros mismos.

Dice Julián Marías²⁷ que la mayoría de estas experiencias radicales se dan por otras personas, cuando nos encontramos con ellas o cuando las descubrimos, y las personas que forman parte de esas experiencias radicales entran en nuestra intimidad, o al menos

²⁵ Digo un hombre porque, aunque Julián Marías explica que hay experiencias radicales constitutivas y eventuales, entiendo cuando se habla de constitutivas, las que por decirlo así son comunes en los hombres, no cabe esperar que dichas experiencias lleven las mismas consecuencias en todos los hombres como generalidad. Por eso matizo con un hombre y no el hombre o los hombres.

²⁶ Ibid. MMP, p.117.

²⁷ Ibid. MMP, p.118-119.

quedan como pertenecientes a un ámbito de influencia importante del rumbo de nuestra vida.

Es cierto que es más en la infancia y en la juventud, cuando estas experiencias en las que nos encontramos con algunas personas, hacen que se queden de esta forma en nosotros como hemos dicho, y que «*la madurez suele imponer un enrarecimiento, tanto por la corteza de que el hombre o la mujer maduros suelen rodearse para disminuir su vulnerabilidad, como por la retracción a una situación que se considera estable y suficiente*»²⁸. Y es totalmente cierto que es esto lo que suele suceder, aunque no siempre. Es un equilibrio entre vulnerabilidad e ilusión; como veremos en la parte de la ilusión, ésta es característica de la infancia y la juventud, y puede que sea el sufrimiento por una serie de decepciones o de ilusiones frustradas, lo que hace que se haga presente en el hombre esa sensación de vulnerabilidad. Y en lugar de lidiar con ella y gestionarla, o incluso emplearla en beneficio propio, lo que suele suceder es que se crea un caparazón protector, normalmente compuesto de aparente y práctica indiferencia. Esto mata la ilusión, y con ella la posibilidad de la sorpresa y una parte, la más bella, de la esperanza. Sin embargo, si nos hacemos «*como niños*» (Mt 18, 3) la ilusión será aquí la puerta que abra la posibilidad de estar siempre alerta y disponibles a nuevas experiencias radicales y, por ende, encuentros con los otros que las provoquen, que nos hagan mantenernos en esa frescura y también en posibilidad de conversión constante.

La circunstancia y la reabsorción de la circunstancia

«*Yo soy yo mi circunstancia*». El primer *yo* es el punto de partida que hemos analizado, la realidad radical. Vamos a ver ahora la circunstancia para poder mejor entender el segundo *yo*.

Antes de proseguir hay que distinguir entre circunstancia y situación, Julián Marías lo explica al comienzo de *Introducción a la Filosofía*.

²⁸ Ibid. MMP, p.119.

Circunstancia, como dice Julián Marías, «*es todo aquello que está en torno mío (...) desde mis disposiciones y vivencias psíquicas hasta el mundo histórico y social que me rodea*»²⁹. Esto quiere decir que la circunstancia hace referencia a todo lo que tiene que ver con la persona, incluida la historia que le precede, los hombres y mujeres que le han precedido, los acontecimientos, la historia de su nación, continente, planeta, universo..., todo recogido en la persona que, en este caso, está cayendo por el acantilado.

Situación es «*una realidad mucho más restringida; sólo mienta aquellos elementos de la circunstancia cuya variación define cada fase de la historia, que nos sitúan en un nivel histórico determinado*»³⁰. La situación del hombre que cae del acantilado es precisamente que está cayendo por el acantilado y los acontecimientos relativos y más próximos a este hecho.

El hombre cuenta con su circunstancia y se encuentra con ella en la situación, o más bien en el problema que le genera la situación. Y a la vez la situación forma parte de la circunstancia.

Un ingrediente muy importante, que también tenemos que tener en cuenta, para explicar lo que es proyecto desde la circunstancia, es la pretensión; «*que me constituye y que me hace, primero, estar efectivamente en una situación, y después salir de ella para pasar a otra; esto es, lo que yo pretendo hacer y ser en mi circunstancia.*»³¹. A este propósito, si estuviéramos en una habitación con la puerta cerrada, ¿podríamos decir que estamos encerrados y que tenemos un problema por ello? La respuesta es que depende de cuál sea nuestra pretensión. Si no pretendemos salir de la habitación, no estamos en la situación problemática por la que nos preguntábamos.

A este respecto podríamos ya introducir lo que es resistencia y asistencia. En este caso, si yo quiero salir de la habitación³² y la puerta está cerrada, la puerta me ofrece una resistencia para mi pretensión. Todo aquello que me ayuda a cumplir la pretensión que me va ayudando a trazar mi proyecto es asistencia, y todo lo que me lo impide es

²⁹ Ibid. IF, p. 32-33.

³⁰ Ibid. IF, p. 33.

³¹ Ibid. IF, p. 33.

³² Cf. De Nigris, Francesco, Curso: “Lectura y análisis crítico de textos especializados”, 2017-2018.

resistencia. En el caso del hombre que se cae por el acantilado, caerse podría no ser una resistencia para su proyecto, si su pretensión era morir.

La circunstancia limita las posibilidades, y la situación también. En ese caso, la situación de estar cayendo limita bastante las posibilidades de acción; no puedo escribir un libro o llamar a un amigo y charlar, sin embargo, estas posibilidades continúan siendo infinitas; en ese instante de caída, podemos maldecir, perdonar, pensar en otra cosa, recordar, imaginarnos un futuro improbable, pensar en nuestra familia..., y así hasta infinito, usando imaginación y memoria. Imaginación que abre posibilidades que la situación no da explícitamente, posibilidades que crea el hombre, según entiendo. Y memoria que hace que podamos crear esas posibilidades en vista de la circunstancia, de todo lo que hemos sido anteriormente y de lo que proyectamos ser.

Las posibilidades que ofrece la situación, también se pueden ver como una limitación o como una oportunidad, oportunidad que no existiría si esa situación no se hubiese dado. Pero hay algo todavía más allá: la vocación. La vocación evidentemente no es ajena a la circunstancia, no tendría sentido, pero la vocación auténtica hace que el hombre que la tiene sea capaz de crear posibilidades, le hace buscar algo que todavía no está en su vida. En esto tiene un papel fundamental la ilusión como más adelante veremos.

La circunstancia se puede modificar hasta cierto punto, y es también responsabilidad nuestra; en la circunstancia también está quién he sido, y eso es quién elegí ser.

En la vida nos hemos encontrado con una circunstancia ya dada, y nos encontramos con una interpretación de esa circunstancia ya dada también, sin embargo, en ella siempre hay algo que no ha sido dado y de lo que tomo conciencia, eso es mi *yo*. Y *yo* es un problema porque estoy por hacer, tengo que ser alguien, el proyecto es lo que se me impone en la vida como lo que tengo que hacer, estoy anticipando una idea de mí mismo, pero esa idea que anticipo en un pasado en vistas de un futuro, se da en una circunstancia actual y pasada; no puedo proyectarme en un futuro ajeno a la circunstancia y, por tanto, tengo que reabsorberla, contar con ella para anticipar un mundo que aloje mi proyecto, proyecto que estoy anticipando desde esa circunstancia. El proyecto reobra sobre la circunstancia.

Mundo es la interpretación de la circunstancia en vistas del proyecto. Lo que Ortega llama *personalización de la circunstancia*. La *personalización de la circunstancia* se hace conforme a la vocación, es decir, lo que se me hace irrenunciable proyectar y llevar a cabo.

El hombre crea mundo, personaliza las cosas, dándoles un sentido en función de su proyecto, entonces, las cosas se están incorporando al proyecto, y en la salvación de las cosas, la de la circunstancia, me va mi salvación.

Salvar la circunstancia es darle un sentido con respecto a mi proyecto futuro. La circunstancia es también la trayectoria que he dejado tras de mí, algo que yo ya no soy, pero circunstancia de la que mi libertad es responsable. Cuando esa trayectoria ha sido inauténtica, o fracasada, errónea, una forma de perdón hacia mí mismo es la reabsorción de esa circunstancia; rehacer mi proyecto en vistas de ella también, corrigiendo la trayectoria, y en última instancia amándola, agradecida porque sin ella, fuera como fuera, yo no sería ahora yo.

La perspectiva

«La pura materia no existe, siempre me encuentro con ella personalizándola, es “ficción” o interpretación personal de totalidad»³³.

Yo me encuentro en el mundo corporalmente, circunstancialmente. Esto hace que yo tenga una perspectiva de las cosas. Una perspectiva es un punto de vista que me permite ver parte de una cosa, si bien yo al conceptuar algo, tiendo a completar lo que no veo. Cuando conceptúo reduzco la cosa a mi perspectiva; pretendo completarla desde ella, por eso es ficción de totalidad, porque no tengo todas las perspectivas.

Las cosas se me dan ya en escorzo, pero no es un escorzo que me ofrezca la cosa; las cosas solo son ocasiones de posibilidades para que yo las realice, pero la sociedad, el hombre

³³ Cf. De Nigris, Francesco, «Mereología, teoría del conocimiento y metafísica de Ortega como fundamento de la Antropología Metafísica de Julián Marías». Universidad Complutense de Madrid, Anales del Seminario de Historia de la Filosofía, 2018, 35 (1), pp. 205-232.

en el que nazco ya me da la realidad desde un escorzo. A partir de las posibilidades que realizo con las cosas, voy obteniendo una perspectiva más amplia.

Por todo esto, percepto es concepto; la materia siempre se me está dando interpretada, todo lo que existe está interpretado, la materia pura no existe porque es abstracción sin perspectiva. Yo, por ser corporal y por ser alguien con historia, con quehacer y por tanto porque tengo que vérmelas con las cosas, veo las cosas en perspectiva.

Pudiera parecer que lo real entra en conflicto en la perspectiva, pero *«real es lo que comprendo circunstancialmente desde mi vida, que por eso es la perspectiva o instrumento para acoger la realidad entendiéndola, en otras palabras, es razón»*³⁴. No podemos saber lo que es la cosa en sí, o mejor dicho desde sí. Puedo saber lo que la cosa es en sí en referencia a mí. Porque no existe la no perspectiva. Vamos a explicarnos un poco.

El sufijo -mente, habla de modo, y también de punto de vista. Cuando queremos saber qué es algo y definirlo, atendemos a dos cosas en la definición: un sustantivo o concepto, y descripción. Por ejemplo, queremos definir silla, y decimos de ella que es un «mueble con cuatro patas y un respaldo que sirve para sentarse». Tenemos un sustantivo, «mueble», y una descripción. Podríamos definir «mueble», el sustantivo de nuestra definición como objeto que forma parte de la dotación interna de una casa. Volveríamos a tener sustantivo, «objeto», y descripción. En nuestro contexto, el sustantivo siempre va a ser definido, o por un sinónimo en casos de definiciones complejas, o en conceptos cada vez más abstractos en el caso de definiciones simples como objeto, concepto, sujeto, cosa.

Interesa ver que, respecto al sustantivo, según se vuelve más simple y por tanto el sustantivo más abstracto, más difícil es de ver como algo concreto de lo que tenemos experiencia y por tanto más plausible de interpretación. Es como si a una estantería le vamos quitando los libros y nos quedamos con la estructura. Es lo que le ocurre al sustantivo de una definición, ¿por qué? porque se queda sin contenido, sin perspectiva.

³⁴ Ibid. LM, p.38.

Cuando hablamos de lo que las cosas son en sí nos ocurre esto. Y solo nos queda la descripción de la definición, que es la perspectiva, siempre es en función de algo; las patas de la silla las conocemos estructuralmente o espacialmente o materialmente, que sirva para sentarse es conocerla funcionalmente. Todas ellas son perspectivas desde las que conocer las cosas, perspectivas que radican en este caso en quien las enuncia, corporal y circunstancialmente. El sufijo -mente por tanto nos indica la perspectiva el punto de vista. Pero solo es uno y solo es uno en todos los casos. Antes mencionábamos la posibilidad o imposibilidad de conocer las cosas objetivamente. Pero, después de lo explicado, vemos que, aunque pudiéramos conocerla así³⁵ solo sería un punto de vista, el del objeto, y hay muchos más.

La libertad: Verdad y mentira y relación con el proyecto personal

Decir *somos* es un problema para la libertad, pues *somos* está clausurado y es determinista para con nosotros. Pero tampoco podemos decir que *somos* lo que hemos sido más lo que seremos, pues entendemos entonces el presente como una ruptura entre pasado y futuro, y provoca una desconexión. Sin embargo, la expresión de *estar siendo* es más acertada al respecto, y sobre todo *estar siendo* conforme a *quién* proyectamos ser en vista de lo que hemos sido. *Estar siendo* abre la posibilidad de la libertad.

«*La verdad os hará libres*» (Jn 8, 31). Existe una conexión entre la verdad y la libertad. Y vamos a intentar entender cuál es. En la conferencia sobre la libertad que impartió Julián Marías en 2002³⁶, comentó la situación privilegiada de España respecto a la posibilidad de libertad interior que tenemos. Es cierto que siempre hay posibilidad de libertad interior, como veíamos en nuestro ejemplo del acantilado, pero la responsabilidad sobre la propia libertad aumenta cuando esta libertad también se traduce en exterior, y las posibilidades se multiplican. Sin embargo, ahora mismo, con todas las libertades que ofrece España, hemos llegado a confundir el tener posibilidades, con que todas esas posibilidades sean derecho y sean moralmente aceptables, como es el caso del aborto.

³⁵ No se puede porque no podemos ser objetos y porque aunque pudiéramos los objetos no pueden conocer al menos tal y como nosotros entendemos el conocimiento, sino que nos proyectamos en ellos y en las cosas pero sin poder despegarnos de nuestra circunstancia y de nuestro cuerpo.

³⁶ Marías, Julián, La libertad (2002) Ciclo «Cambio de siglo». Fundación de estudios sociológicos FUNDES.

Esta confusión ha descentrado la vida como realidad radical, y del quién se ha regresado al qué.

He observado que, en la historia del pensamiento, al preguntarse por la realidad de las cosas, se ha tendido a definir el qué, la cosa, y cómo es el acceso a ella; sin reparar que la cuestión por el acceso, que ya nos habla del punto de partida que soy *yo*, mi vida como realidad radical, desde donde accedo.

En el Evangelio de San Juan, las primeras palabras de Jesús son una pregunta hacia los apóstoles «¿*Qué buscáis?*» (Jn 1, 38) y en este mismo Evangelio, casi al final, cuando Jesús se aparece resucitado a María Magdalena, le pregunta «¿*A quién buscas?*» (Jn 20, 15). Es el paso del *qué* al *quién*. Sin embargo, el proceso puede ser a la inversa, y la lucha de generaciones por llegar al *quién*, puede verse truncada si no se prepara a las siguientes para hacer frente a la responsabilidad y valentía de vivir en el *quién*, y la dosis de rectitud moral, servicio y generosidad que se requieren. Quizás la preparación de esta generación no haya sido la más adecuada y por eso se ha vuelto al *qué*, y la vida humana ahora es un *qué* del cual se puede disponer.

Dice Julián Marías en su conferencia sobre la libertad que «*La verdad es la condición de todo lo demás*»³⁷, y distingue entre falsedad como error, y mentira; la primera es involuntaria y se corrige, la segunda no. Y tiene sentido, porque la mentira es un mal, y un mal que ha sucedido no se puede borrar, aunque no tenga por qué tener la última palabra. «*La persona que miente sabe que miente y eso deja una huella profunda en todo, principalmente en la libertad*»³⁸.

Antes hemos dicho que el hombre está obligado a dar razón de su vida, de sus elecciones, ante sí y ante los demás. Ante los demás puede ocultar la razón de su vida, de su proyecto, puede dar otra razón que no es, pero si lo hace ante sí, si se miente a sí mismo, entonces podemos hablar de un trastorno que no le permite estar en la realidad de su vida, al que se llega por un mal ejercicio de la libertad. Esto produce despersonalización, precisamente

³⁷ Marías, Julián, “La libertad” (2002) Ciclo «Cambio de siglo». Fundación de estudios sociológicos FUNDES.

³⁸ Marías, Julián, “La libertad” (2002) Ciclo «Cambio de siglo». Fundación de estudios sociológicos FUNDES.

porque se produce una ruptura entre *quién* he sido y *quién* proyecto ser. Si yo me miento estoy diciendo algo que no *estoy siendo*, y lo que proyecto ser desde esa mentira cambia, y hace romper las conexiones con lo que he sido. De forma que cuando miento, miento sobre *quién estoy siendo*, sobre *quién* he sido, y sobre *quién* seré. Ante esto dos opciones; o mantengo la mentira hacia fuera y por tanto llevo dos vidas simultáneas, una hacia mí y otra hacia los demás, o me creo la mentira y no vivo en la realidad.

En esta misma conferencia destaca Julián Marías que hay dos tipos de libertad que son más importantes que otros y que van de la mano; la libertad social y la personal. «*Hay países en los cuales la gente no se atreve a imaginar, no se atreve a proyectar, no se atreve a imponer en la medida de lo posible sus deseos sus voluntades*»³⁹ Esto es grave porque quiere decir que no hay proyectos, o son los que menos, auténticos. Y esto no es debido tanto a la legislación o los derechos de un país, como a la libertad personal condicionada por una no libertad social.

«*Siempre hay libertad, como la que uno se toma si está dispuesto a pagar el precio necesario*»⁴⁰ ese precio son las dificultades que supone no sucumbir a la corrupción de la mentira. Dice más adelante «*El que quiera vivir en libertad tiene que ser implacable con la mentira, tiene que mantener la exigencia de verdad sin un desmayo. Podrá haber momentos en los que no se sabe bien; la duda es perfectamente legítima, el hombre está lleno de problemas, si se hiciera el catálogo de las cosas que no entendemos, que no sabemos, sería interminable, pero algunas las sabemos, o sobre todo, las podemos saber, las podemos ver claramente si pensamos sobre ellas y si hacemos un esfuerzo, y al final con ellas se va construyendo una imagen del mundo coherente, de un mundo habitable, de un mundo en el cual se puede estar, se puede proyectar, se puede imaginar, se puede intentar, con inseguridad siempre, realizar*»⁴¹. En esta cita se ve la conexión entre verdad, libertad y proyecto. Hace falta confianza en la verdad, en que se puede conocer, y de cómo la libertad, que ha sido engendrada por la verdad, es ocasión de proyección y, por

³⁹ Marías, Julián, “La libertad” (2002) Ciclo «Cambio de siglo». Fundación de estudios sociológicos FUNDES.

⁴⁰ Marías, Julián, “La libertad” (2002) Ciclo «Cambio de siglo». Fundación de estudios sociológicos FUNDES.

⁴¹ Marías, Julián, “La libertad” (2002) Ciclo «Cambio de siglo». Fundación de estudios sociológicos FUNDES.

tanto, de posibles proyectos auténticos. Y, además, de esto se deduce que uno de los enemigos principales del proyecto personal es la mentira.

Lo futurizo

Julián Marías habla de que la vida humana es futuriza, y esto significa que se proyecta a sí misma hacia el futuro, se anticipa cuando aún no existe en esa forma en la que se proyecta.

«La condición futuriza afecta a la propia persona: (...) me veo como otro, alterado por el transcurso del tiempo y los cambios de la circunstancia, física y sobre todo humana. Esto significa que la realidad es insuficiente»⁴². Realidad no es entonces solo lo que existe de hecho, sino todas las posibilidades que están en mí, que existen y las creo. Y las posibilidades están en mí, en mi realidad, por la anticipación que hago, por esa condición futuriza en la que estoy.

Como esa anticipación y creación de posibilidades son en vista de la circunstancia, y definen mi proyecto, entonces, puedo decir que esta condición futuriza afecta a mi persona, que es el primer *yo* de la ecuación orteguiana, que es persona en Julián Marías, y que abarca al *yo* como proyecto y a la circunstancia.

Si afecta a la persona, a mí, me afecta también en las relaciones personales. No afecta en lo social en lo que ello tiene de usos; los usos son vigencias sociales con las que nos encontramos, que nos son dadas. No afecta en lo social en lo que de usos tiene porque Ortega dice que *«como la «vida social o colectiva» consiste en los usos, esa vida no es humana, es algo intermedio entre la naturaleza y el hombre, es una casi-naturaleza, y, como la naturaleza, irracional, mecánica y brutal. No hay un «alma colectiva». La sociedad, la colectividad es la gran desalmada —ya que es lo humano naturalizado, mecanizado y como mineralizado. Por eso está justificado que a la sociedad se la llame «mundo» social. No es, en efecto, tanto «humanidad» como «elemento inhumano» en que*

⁴² Ibid. MMP, p.18.

la persona se encuentra»⁴³. Es decir que la condición futuriza surge solo cuando soy consciente de lo que soy yo, de mi proyecto, mi circunstancia, y la reabsorbo, pues solo así me puedo proyectar con otro.

La condición futuriza *«surge inexorablemente cuando la persona como tal está implicada, cuando se trata de que yo tomo posesión de mi realidad y desde ella entro en relación con otras personas, en contacto efectivo con lo que tienen de tales»⁴⁴*, con lo que tienen de personas, y para Julián Marías persona es el primer yo de la fórmula orteguiana; la condición futuriza afecta a lo social cuando personalmente me proyecto con otro, y eso revierte en el hombre, en la *nostridad*.

La vocación en el proyecto

Durante gran parte de la historia se ha entendido la vocación como una llamada externa a realizarnos de una u otra manera. Pero *«la vocación no me es impuesta, tampoco soy autor de ella: me es propuesta inevitablemente; pero lo es ante mi libertad originaria, y esto es lo que excluye la imposición o forzosidad»⁴⁵.*

Más adelante introduce el azar en el proyecto, importante para la vocación: *«La mayor parte de los contenidos de la vida son azarosos, en el sentido de que no son previstos, son en principio ajenos a nuestros proyectos e irrumpen en ellos desde fuera, en muchos casos torciéndolos o truncándolos. Si repasamos nuestra vida hasta ahora, vemos hasta qué punto todo lo que ha contado de verdad en ella ha sido iniciado o precipitado por un azar»⁴⁶*. El azar es el requisito para la libertad que Dios nos otorga. Pienso que, si no existiese el azar y todo fuese providencia, además de las contradicciones éticas que supondría por ejemplo, un tsunami que arrasa con la vida de familias enteras, porque la responsabilidad sería de Dios, si no existiese el azar, Dios nos forzaría y determinaría en la circunstancia a elegir el proyecto de una forma, o desde ahí también se podrían

⁴³ Ortega y Gasset, José, *El hombre y la gente* (1957). En Obras completas tomo VII. Madrid, Revista de Occidente, 1964.

⁴⁴ Ibid. MMP, p. 18

⁴⁵ Marías, Julián, *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida* (1995). Madrid, Alianza editorial, 1996, p.162.

⁴⁶ Ibid. TM, p. 162.

justificar “las pruebas de Dios” como equivalentes al caso de Job en el Antiguo Testamento.

En la inautenticidad tienen un papel importante las tentaciones, que según Julián Marías son las llamadas *«próximas a nosotros pero no verdaderas, (...) que por esa cercanía inexacta a lo que somos, son eficaces»*⁴⁷. Las tentaciones son próximas a nosotros, afines por ello, se acercan a la idea que tenemos de proyecto y se confunden en algunos tramos, pero sin embargo las tentaciones acaban alejándonos de la anticipación de ese proyecto que habíamos emprendido, o provocan incoherencias ante las cuales, por su dificultad, podemos llegar a rendir la razón.

Cuando una vocación es auténtica *«parece encajar en un hueco preexistente, no manifiesto hasta la aparición de esa realidad con la que no se contaba, se siente una impresión de necesidad frente a la cual sin embargo se conserva la libertad»*⁴⁸. Por eso no tiene sentido el proselitismo religioso, entre otras muchas razones, digo el religioso porque es el que más habla de vocación.

Hay vocaciones más importantes y menos importantes. Las más importantes son las que abarcan o afectan más al proyecto; todas lo hacen en menor o mayor medida, pero las más importantes son las ligadas a experiencias radicales, las que van construyendo gran parte de la respuesta a la pregunta de *¿quién soy?*

¿Quién soy?: Proyecto vital

Mi vida, como realidad radical, hace que tenga que proyectarla, de ahí proyecto; la proyecto hacia delante, porque no está hecha. Todo aquello con lo que cuento para proyectarla es la circunstancia. Y la proyecto con la imaginación y la memoria; la imaginación que me permite visualizar algo que todavía no es, ni está hecho, y la memoria porque todo lo que puedo imaginar siempre es en vistas de aquello con lo que cuento para imaginar las cosas: mi pasado.

⁴⁷ Ibid. TM, p. 163.

⁴⁸ Ibid. TM, p. 163-164.

Podemos elegir quitarnos la vida, pero si no lo hacemos nos vemos necesariamente obligados a vivirla, y vivirla es hacerla, es nuestro quehacer. Por lo que *«no se trata en modo alguno de que «convenga» tener un proyecto vital; se tiene, quiérase o no, sépase o no, porque sin él no se puede vivir»*⁴⁹; vivir es tener proyecto vital, y no podemos rehusar la responsabilidad de elección en el presente que conlleva, y no elegir en el presente es simplemente darle las riendas de nuestro proyecto al azar y al sinsentido. Pero incluso eso es una elección y es un proyecto.

Además, no es simplemente que haya quehacer sino que, elegir en el presente hacer algo, implica anticipar lo que seremos de antemano: *«para seguir viviendo en el instante siguiente, tengo que hacer algo; pero, para decidirlo, tengo que tener algún motivo; tengo que hacer tal cosa por algo y para algo»*⁵⁰. Ese *por* se refiere al motivo, y el *para* indica la dirección que han de tomar nuestras acciones en el presente por ese *por*. Por eso, en el actuar, y por tanto en el elegir de aquí y ahora, descubrimos lo que realmente estamos proyectando ser en el futuro.

A veces, cuando verbalizamos una proyección que hacemos, no es realista, y no en el sentido factible de su realización, sino en el sentido de real, verdadera. Porque nuestra imaginación, por muchos posibles motivos, normalmente afectivos, y por una mala comprensión de nuestra historia, nos lleva a proyectar algo que realmente no se nos hace irrenunciable, algo que hacemos a la vista de otros, una mentira para con nosotros mismos. Pero luego actuamos de otra forma porque la proyección no corresponde a un proyecto auténtico, de aquí que más adelante tratemos el tema de la autenticidad del proyecto, y también de la mentira como enemigo del mismo.

Autenticidad en el proyecto

La autenticidad necesita de ese *ser como niños*, por la plasticidad que requiere la conversión constante y sincera a la verdad. La autenticidad necesita de la ilusión como

⁴⁹ Ibid. IF, p.247.

⁵⁰ Ibid. IF, p.248.

veíamos cuando hablábamos de experiencias radicales en la vida como realidad radical. Pero la autenticidad, sobre todo, tiene que ver con la relación entre la verdad, la libertad el proyecto y la vocación.

Encuentro una cuestión muy interesante respecto a la circunstancia y a la autenticidad del proyecto. Las elecciones son ahora. Es cierto que existen elecciones que vislumbro tener que tomar en un futuro, y siempre decimos- cuando llegue el momento veré qué hacer. Pero si estoy hablando de una elección que tengo que realizar en un futuro, a no ser que se refiera a la anticipación de experiencias constitutivas que sé que tendrán que llegar, e incluso de las cuales ya puedo anticipar una elección, lo normal es que anticipe el problema más o menos concreto y me posicione en una decisión al respecto. Si no hubiese un problema bastante concreto, ni siquiera anticiparía el tener que tomar una decisión así. Y esa anticipación, según veo, ya es una elección. ¿A dónde quiero llegar con esto? A que la circunstancia nunca puede ser una excusa para posponer posicionarnos a favor de la verdad en cualquier elección. Y esto puede parecer muy evidente, pero creo que es más común o habitual de lo que debería ser. Al menos yo lo he observado en mi vida y a mi alrededor.

Observo una excusa de uso compartido por mi generación respecto a esto: el bienestar psicológico. Pero además muy mal entendido. Entendido como la no turbación respecto a los problemas que surgen de la inautenticidad y de la mentira precisamente. Intentaré explicarme. Cuando uno cede a la mentira tiene, al menos las primeras veces, una inquietud porque ve el peligro de la despersonalización, o al menos tiene una intuición. Y el regreso a la verdad, la conversión, es bastante más difícil, requiere una prueba de autenticidad, de descubrir la verdad, de desvelarla, de ponerla a la vista. Acudir a la circunstancia, diciendo que no es la más adecuada, y que en ese momento no da las posibilidades que se necesitan para esa elección, es malentender la circunstancia, y malentender la libertad interior. El verdadero bienestar psicológico precisamente reside en *estar* en el bien, y por tanto en la elección de la verdad en los problemas que surgen en la vida y a veces con ellos como resistencia.

Dice Julián Marías aclarando todo lo expuesto en el párrafo anterior: *«El valor o la cobardía son dimensiones decisivas, en las cuales en algunas épocas se prefiere no*

pensar. La multitud de sus formas no hace fácil ver claramente en qué consisten, y eso ayuda a una confusión que muchas veces es voluntaria»⁵¹.

⁵¹ Ibid. MMP, p. 122.

Segunda parte:

La ilusión

La palabra ilusión

Al principio de su *Breve tratado de la ilusión*, Julián Marías⁵² hace un recorrido por los diferentes significados de la palabra ilusión en diferentes lenguas y momentos de la historia; desde ilusión como juego asociado a la burla y a la ridiculización, hasta el engaño de la tentación. Hasta aquí todos son sentidos negativos de la palabra. Es el español el que aporta el sentido positivo y el que en este trabajo vamos a utilizar. Es a partir del romanticismo cuando la palabra ilusión adquiere este valor positivo. Intentaré desarrollar algunos de los matices que la palabra ilusión tiene en español.

El primero de todos es la ilusión como resultado de una labor imaginativa; entra en juego la imaginación de la que Julián Marías hablará en su apartado *Ilusión e imaginación*. Que

⁵² Cf. BTI, p. 11.

la ilusión surja a consecuencia del ejercicio de la imaginación, implica que lo imaginado es algo que aún no está y con lo que no nos encontramos, pero sí una posibilidad que proyectamos como factible para el futuro, y que por lo tanto está de forma latente en lo que nos ha sucedido. Que sea una posibilidad y no un hecho implica a su vez que puede no suceder; entonces es cuando acontece la desilusión, siempre posterior a la ilusión. La desilusión es la frustración de una esperanza. Y este es el segundo matiz que vamos a analizar.

La ilusión habla de la esperanza, aunque no se reduce a ella ni viceversa. Es extraña la relación entrambas porque no se contienen la una a la otra, sino que comparten una parcela; ninguna ocupa una posición jerárquicamente mayor. La esperanza es una actitud que nos lleva a confiar en el cumplimiento de un deseo profundo. La ilusión se cruza con la esperanza de una forma curiosa, podríamos decir que la anima. No se necesitan en sentido estricto la una a la otra, pero si caminan juntas se enriquecen.

El tercer matiz de nuestra palabra se asocia a los sueños y a la ensoñación. Esto implica que lo que se espera cumplir o conseguir es una idealización, y que es imposible o casi imposible. La palabra sueño y ensoñación ha evolucionado, en mi humilde opinión, en los últimos años, cuando se ha empleado refiriéndose a proyectos vitales, no tanto en sentido Ortegaiano sino más bien en el sentido de hitos que alcanzar en vida, y quizás por ello se ha perdido su carácter de sueño como ideal casi inalcanzable; por ejemplo, a veces hablamos del sueño de nuestra vida, como objetivos que se pueden alcanzar pero requieren esfuerzo, y que son objetivos que en realidad corresponden a experiencias constitutivas del hombre. Sería interesante localizar por qué se ha dado esta disminución de las expectativas cuando mentamos los sueños.

En cualquier caso, lo que aporta el matiz ensoñador a la ilusión, es precisamente que esa idealización que se hace no es fruto de una imaginación exacerbada, ni de una esperanza desproporcionada, sino a que el objeto de nuestra ilusión no pertenece propiamente a la realidad, es en cierto modo fantasía.

Dice Julián Marías: *«La definición o aclaración de la frase «hacerse ilusión» podría abreviarse diciendo «cúmulo de errores», pero habría que agregar: «positivos, favorables, optimistas». Consiste en juzgar erróneamente, pero mejorando con el error*

la realidad juzgada»⁵³. Es decir que, mejorando esa realidad, se quiere crear la posibilidad de una mejora efectiva. Un cuarto viso de la ilusión es esa envoltura que crea sobre el objeto de la ilusión el que está ilusionado, envolviéndolo de un halo que corrige imperfecciones y potencia posibilidades.

Otro matiz relacionado con este último es la ilusión como encanto, señalando la atracción que ejerce lo que ilusiona. Y como consecuencia de esto, el desencanto o la desilusión sería todo lo contrario, señalaría la repulsión que después de ese encanto previo, nos crea lo que nos ha desilusionado. A este propósito, la nota del encanto evoca un sentido mágico y misterioso; cuando algo nos encanta no entendemos muy bien por qué, y no podemos justificar por qué exageramos positivamente eso que nos ilusiona y negativamente lo que nos desilusiona. En este sentido, la desilusión no es una vuelta a la realidad del objeto, simplemente retirando lo optimista que hemos añadido en ella, sino que la desilusión carga el objeto de tintes negativos. Y me atrevería a decir que no borra del todo los positivos, pues la desilusión siempre lo es porque antes ha sido ilusión; si simplemente fuese desvelar una verdad, nos alegraríamos de haberla descubierto. Sin embargo, la desilusión siempre va acompañada de nostalgia.

Pero el significado que más relevante considero, y que ha ido precedido y fraguado por todos los anteriores, es el de la ilusión como felicidad que se anticipa y que por tanto es ya felicidad.

Julián Marías hace un profundo análisis de la aparición, y de sus causas, del término en español. Él sitúa la asunción de esta palabra en el romanticismo, pero propone *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, que aparece dos siglos antes, como proceso en el que se elabora, y se pone por escrito esta evolución. Dice que «*la realidad es siempre interpretada, y la primera interpretación consiste en nombrarla*»⁵⁴. Nombrarla, escribirla, es necesario para que sea posible. Por eso sitúa su aparición formal en *La vida es sueño*, aunque no llega a los diccionarios hasta siglos después. Para Calderón «*el sueño es la forma de la vida, de la que la realidad humana es algo narrativo, sucesivo, que se puede contar, como el sueño; en suma, que el sueño es vida*»⁵⁵. Esto tiene muchas

⁵³ Ibid. BTI, p.16-17.

⁵⁴ Ibid. BTI, p.30

⁵⁵ Ibid. BTI, p.28.

implicaciones. El sueño que narra la vida es la vida narrándose en el sueño. El sueño es aquí una forma de estar en la vida, que luego se traducirá en una forma de narrar la vida desde el sueño, desde la anticipación del sueño que es la ilusión. *«Para Calderón, el sueño es la forma de la temporalidad, que corresponde precisamente a la vida humana. Y de este modo, por detrás de la supuesta irrealidad, descubre la realidad del sueño como propia de la vida»*⁵⁶.

En español tenemos muchos sinónimos que dotan de matices aquellas cosas que nominamos. Sin embargo *«mientras el léxico de los oficios es riquísimo, el que nombra las relaciones afectivas entre personas, en español, y análogamente en las demás lenguas, es angustiosamente reducido»*⁵⁷. Y el desarrollo del lenguaje no se puede separar de la vida del hombre y de su historia. Por eso la literatura tiene que recurrir a descripciones tan elaboradas para explicar las relaciones entre personajes. Es más, me atrevo a señalar que, al hablar de las relaciones de amistad y amor, se ha tendido a demostrarlas con acciones de los personajes en lugar de descripciones.

Es cierto que en cierta medida el amor y la amistad se demuestran en el hacer, pero ha habido una necesidad de demostración que deja ver la desconfianza hacia los sentimientos. Los sentimientos en la literatura no se nombran, se demuestran. Y si no se nombran es en parte porque no se conocen ni hay mucho interés en hacerlo. Y al respecto podría parece que ahora, siglo XXI, con el papel protagonista que las sensaciones y los sentimientos parecen tener, nuestro léxico debería haber aumentado y haberse enriquecido, pero no es así. Y no es así porque, aunque tengan un papel protagonista, hemos pensado que identificar emociones es equivalente a entenderlas, manejarlas, como si fueran un león sin domesticar.

El problema es que hasta que no desaparezcan el miedo y la desconfianza hacia el propio hombre, al menos en España, no se podrá saber qué son realmente los sentimientos y cuál es su papel en el proyecto vital. Ahora nos limitamos a, o bien dejarnos llevar por ellos pese a quien pese a nuestro alrededor, o bien a suprimirlos para evitar incomodidades. Si realizásemos un estudio de todas las familias que comparten su vivencia sentimental y

⁵⁶ Ibid. BTI, p.30.

⁵⁷ Ibid. BTI, p.31.

emocional y se preocupan por crecer y madurar, y educar esa dimensión, quizás la muestra del estudio se quedaría corta.

Y es precisamente la familia el lugar donde este cambio debe producirse, aunque creo que la realidad, al menos española, es que esta educación es por omisión, porque educar esta dimensión implica poner la vida personal sobre la mesa, y se hace inevitable la pregunta de *quién soy*. Pero este asunto da pie a un estudio mucho más extenso que el presente.

Cita y explica Julián Marías⁵⁸ el ejemplo en literatura de *Las ilusiones del doctor Faustino* de Juan Valera, en las que un personaje habla de las ilusiones de la vida con connotaciones negativas, en el sentido del engaño que antes hemos visto. El personaje se percibe resentido contra ellas, a pesar de defender no haberlas tenido nunca. Ataca a la imaginación como culpable y define la verdad como lo opuesto a ellas. «*En este ejemplo casi único en que un autor se hace cuestión de lo que significan las ilusiones, se toma la concepción tradicional negativa, y solo de pasa se apunta que puede haber otra, en la que no se entra, sobre la cual no se dice ni una palabra*»⁵⁹.

En la literatura se narra la vida del hombre y se narra la vida del hombre de cada tiempo. Nos interesa que, en este caso, exista en la literatura un arremetimiento contra la ilusión porque indica, aunque sea apuntando al significado negativo, la importancia de la ilusión para la vida de este hombre. No puede haber rencor hacia algo que nos es indiferente, y lo que así nos es, lo dejamos pasar. Dice el personaje de don Juan Fresco es esta obra: «*En mi vida tuve ilusiones ni quise tenerlas, ni me lamento de esta falta, ni he llorado el haberlas perdido. nada me repugna tanto como las ilusiones. (...) Un concepto sugerido por la imaginación sin realidad alguna. Ilusión equivale a error o mentira*»⁶⁰

De las palabras de este personaje podemos sacar algunas implicaciones; la primera de ellas es que el hombre espera llegar a la verdad, la segunda que esas ilusiones para él no tienen que ver con la verdad. Creo que es un reflejo de la oscilación española, que muy bien detecta Julián Marías, entre la ilusión y desilusión. Este personaje nos está hablando

⁵⁸ Cf. BTI, p. 34-35.

⁵⁹ Ibid. BTI, p.36.

⁶⁰ Valera, Juan, *Las ilusiones del doctor Faustino* (1874). Tomo XL, N° 160. Madrid, Revista de España, p.522-551.

de la desilusión de sus ilusiones, desilusión que le lleva a negarlas. Y es que en España tenemos ese peligro, quizás menos en el resto del mundo por no poseer estos matices de la palabra.

En España cuando algo nos desilusiona tendemos a no nombrarlo, a hacerlo desaparecer. Tenemos varios refranes españoles que reflejan nuestra actitud ante el pasado, como *“lo pasado al olvido sea dado”*, *“pelillos a la mar y lo pasado a olvidar”* o *“tiempo pasado traído a la memoria, da más pena que gloria”*. Y esto tiene estrecha relación con lo que antes hablábamos de los sentimientos. La ilusión va de la mano con la esperanza y la alegría. Cuando existe una desilusión, la anticipación positiva, alegre, esperanzadora de una realidad vital mejor, se ve truncada. Lo que no somos capaces de ver es que la desilusión tampoco nos muestra una realidad objetiva como queremos. Si la ilusión tiñe de optimismo la realidad, la desilusión la destiñe y rodea de pesimismo. Pero nos parece más seguro instalarnos en lo peor, porque desde lo peor todas las sorpresas son positivas, a este respecto tenemos otro dicho que refleja esto bien *“más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer”* ¿Por qué? Porque lo bueno por conocer nos puede desilusionar.

A pesar de todo, el problema español de fondo no es el pesimismo, no somos pesimistas, si no, no tendríamos una acepción de la ilusión con tintes tan particulares que nadie tiene. Nuestro problema es más profundo y es con la verdad; es la desconfianza. Y una desconfianza no en la verdad sino en nosotros mismos. Porque sí que hemos averiguado que la verdad no podemos conocerla de modo objetivo, porque no somos objetos, estamos en una instalación corpórea. Pero no hemos hecho caso porque el hecho de que seamos corporales nos cede la responsabilidad que conlleva descubrir la verdad desde nosotros, crearla también. Y la ilusión en esto no es trivial. La ilusión es el motor de ese desocultamiento y esa creación.

Consistencia de la ilusión

En esta parte tratamos de poner en relación algunas cosas que hemos visto con la ilusión, que aunque no son directamente el proyecto, forman parte de él y, de esta forma, vamos diciendo en qué consiste la ilusión, cuál es su consistencia.

Ilusión y verdad

Con el ejemplo del libro de Juan Valera nos hemos acercado un poco a la relación que se puede establecer entre ilusión y verdad, pero merece la pena que profundicemos un poco más.

La ilusión es posible precisamente porque la vida es quehacer. Las cosas hay que desocultarlas, pero en ese desocultarlas, como veíamos en la primera parte del trabajo, hay una personalización. Y siempre estamos descubriendo algo de ellas porque forman parte de nuestro proyecto y nos vamos haciendo en vista de ellas y con ellas. Si las cosas solo consistiesen en desocultar una realidad que tiene la misma perspectiva para todos, no podríamos tener una ilusión que puede ser inagotable. Es verdad que a veces se agotan nuestras ilusiones por muchas cosas, pero no es porque no pueda haber más ilusión sino porque quizás no sean tan relevantes para nuestro proyecto como pensábamos, o porque tenemos que ajustarnos a la circunstancia y en ella no nos resultan tan irrenunciables. Pero esta perspectiva de la posibilidad de ilusión que podemos poner en las cosas, no se agota en la cosa, sino que depende de nosotros en ese sentido, de nuestra relación con ellas y del proyecto y la vocación como veremos más adelante.

Es una ilusión por descubrir, pero por descubrir creando en cierto modo, es la anticipación de algo que no está de hecho, pero sí está en la anticipación que hemos hecho con la imaginación.

Ilusión e imaginación

Este apartado corresponde a un capítulo del Breve tratado de la ilusión, que empieza hablando de la condición futuriza de la misma. Es evidente que la ilusión radica en la vida humana que es realidad radical, pero concretamente es en esta condición proyectiva. La ilusión *«introduce una «irrealidad» en la realidad humana, como parte integrante de ella, y hace que la imaginación sea el ámbito dentro del cual la vida humana es posible»*⁶¹. Esto recuerda a los sueños de *La vida es sueño* de Calderón. La ilusión con la

⁶¹ Ibid. BTI, p. 40

imaginación anticipa una realidad que aún no se da fácticamente, pero por esa anticipación la hace aún más posible que en su mera existencia como posibilidad.

Dice Julián Marías justo después que *«si el hombre fuese solamente un ser perceptivo, atenido a realidades presentes, no podría tener más que una vida reactiva»*⁶², es decir viviría como un animal, porque las cosas, la vida mejor dicho, no se le abriría como ocasión de personalización, de creación de posibilidades. No habría posibilidad de libertad, ni de ilusión. Y no habría tiempo biográfico. Porque la ilusión tiene un componente de anticipación de una proyección hacia un futuro que no es aún, pero se espera que sea.

A este respecto, aunque aún el futuro no sea, sí que lo es de alguna manera la anticipación y lo que nosotros decidimos ser y elegir en vistas de esa anticipación. Porque, por así decirlo, la anticipación es una forma de realidad presente, porque nuestra perspectiva actual se modifica en vistas del futuro, es una perspectiva anticipada que se acomoda a la actual; esta acomodación de futuro y presente se produce para que no haya una ruptura ni discontinuidad entre *quiénes* somos y *quiénes* esperamos ser.

Es el caso del niño; *«el niño es todo futuro»*⁶³, el caso de una ilusión plena. El niño pequeño también tiene proyectos, cierto es que no son proyectos muy elaborados ni muy mantenidos en el tiempo, pero el niño enseguida se pone a hacer su vida y como no puede llora, porque es su herramienta para que los que pueden hacer cosas se las faciliten. Lloro porque quiere algo, porque tiene pretensiones que no puede realizar. Es la diferencia con el animal y supone un punto muy importante en la radicación de la ilusión en la vida humana. Recuerdo lo que se trata al respecto en el *Hombre y la Gente* de Ortega⁶⁴, el hombre se conoce así mismo a través del *Tú*. Es por el *Tú*, podemos deducir, que la ilusión aparece como posibilidad.

Cuando habla sobre la persistencia de la ilusión dice que *«para que la ilusión persista (...) es menester que haya continuidad, es decir, que la percepción o posesión sigan*

⁶² Ibid. BTI, p. 40

⁶³ Ibid. BTI, p. 42

⁶⁴ Cf. HG.

*siendo programáticas»*⁶⁵. Es decir que, aunque hayamos alcanzado la pretensión de esa ilusión inicial, se haya visto renovada por una pretensión acorde con la no estaticidad ni clausura de las cosas que aquí se expone.

Es más fácil cuando la ilusión es el *otro*. Julián Marías habla del *rostro del otro* diciendo que tiene «*carácter programático, argumental, incesante, henchido de innovación, se lo puede seguir mirando durante toda la vida, sin que se acabe nunca, sin que se lo dé por ya visto»*⁶⁶. Pues propiamente lo que nos ilusiona es el otro, las personas, ya que como hemos visto antes, la ilusión surge del *Tú*, porque en cierto modo si no, no hay un *Yo*. «*Hasta tal punto es la ilusión algo ligado estrechamente a la condición de la vida humana, fuera de la cual no puede existir, y dentro de la cual no se da o se desvanece tan pronto como se produce un «olvido» de lo personal, tan pronto como la vida experimenta un grado de cosificación»*⁶⁷.

Pero ¿cómo puede la vida cosificarse? Julián Marías cuenta que, en el desarrollo de la vida misma, así como el niño es ilusión plena, según se va madurando, no entendiendo en sentido positivo, existe la posibilidad, y de hecho suele suceder, que la proyección es menor y con ella la imaginación y por tanto la ilusión. Pero es una elección del hombre.

Creo que esto también sucede porque en la infancia las proyecciones son simples, hay menos que reinterpretar, menos que reabsorber, menos complicación realizada por nosotros mismos. Cuando vamos avanzando, hemos vivido ilusiones, elegido, realizado proyectos, y también vivido desilusiones, aunque éstas no son el fundamento de esta cosificación. Cuando proyectamos y vivimos o intentamos vivir aquello que proyectamos nos vamos reinterpretando en vistas de lo que vamos haciendo, por lógica si hemos vivido mucho hay mucho más que reinterpretar, y por decirlo así, *quienes* somos está mucho más en juego, toda nuestra vida está en juego cada vez que la recreamos. Antes, en la infancia y en la juventud, también está toda nuestra vida en juego, pero es una vida más flexible porque es histórica y biográficamente más corta. Y por eso se tiende a proyectar menos.

⁶⁵ Ibid. BTI, p.44.

⁶⁶ Ibid. BTI, p.44.

⁶⁷ Ibid. BTI, p.45.

Creo que existe la creencia de que es a la inversa, que la ilusión se apaga con los años porque ya se conoce mucho, suficiente, pero es al revés, es la dejadez en la proyección lo que hace que disminuya la ilusión. El problema es que no solo atañe a la ilusión, sino que también mengua la libertad, y se tiende a esa cosificación de la que hablaba Julián Marías.

«El hecho de que sea frecuente esa singular oclusión del horizonte al llegar a una edad madura no quiere decir que forzosamente haya de ocurrir así. Más bien esa oclusión tiene un carácter voluntario, casi siempre defensivo, como intento de protección frente a la irrupción inesperada de la realidad»⁶⁸ no por el susto, como es el caso de los niños, es porque está en juego todo lo que se ha sido, y «se congelan las interpretaciones, se dan por válidas sin más ciertas convicciones en que se está -o se finge estar-, y no se admite vitalmente la posibilidad de innovación, de que haya cosas nuevas o de que éstas no sean lo que se daba por supuesto»⁶⁹. Cerramos el grifo de la creación de posibilidades y nos limitamos a vivir sobre lo ya descubierto que se enquistaba inevitablemente en el pasado. Y surge un hombre enquistado en lo que fue ese hombre en medio de una lucha a contracorriente, porque la realidad, le pese lo que le pese, sigue siendo emergente. No hay ilusión, no hay proyecto y lo que queda de él se hace inauténtico.

El tiempo de la ilusión

Ya hemos introducido parte de la temporalidad de la ilusión en el carácter futurizo sobre el que radica, pero, además, Julián Marías habla sobre la anticipación en esa ilusión y dice: *«La expectativa no es posible sin referencia a algo que en alguna medida se posee; esto pretérito es el marco dentro del cual se aloja la novedad esperada, que es precisamente nueva porque no se parte de cero»⁷⁰*. Es nueva porque algo se conoce de ella, si no, ni siquiera aparecería en el horizonte, pero tenemos algo de ella, aunque sea indirecto, que nos permite anticiparla. Y añadiría que la expectativa espera modificar el grado de esa posesión.

⁶⁸ Ibid. BTI, p. 47.

⁶⁹ Ibid. BTI, p. 48.

⁷⁰ Ibid. BTI, p. 49.

Julián Marías aborda un aspecto muy interesante en este apartado y es cómo afecta la distancia temporal de lo que anticipamos con su realización efectiva a la ilusión⁷¹. Distingue tres distancias; la primera es una distancia larga o remota, la segunda es breve y la tercera casi inmediata o inminente.

En la primera la distancia es tan larga que nos instalamos en la esperanza como forma de vida, dice Julián Marías que *«cuando su realización aparece como remota se sustantiva la espera y se convierte en objeto oblicuo de la ilusión»*⁷². Es decir, la esperanza crece a medida que crece el tiempo y la ilusión. Tenemos más tiempo para matizar esa anticipación, para imaginar cómo será. Nos recreamos en esa imaginación porque ya la propia anticipación nos está aportando felicidad; felicidad que incluso deseamos prolongar a la par que deseamos su cumplimiento pleno.

Este caso me recuerda inevitablemente a la esperanza del cristiano, y de cómo esa vivencia de ausencia y espera lleva a que la ilusión tiña la espera del cumplimiento de dicha ilusión. Es ilusión que al anticiparse se hace real. Además, la distancia con la promesa del cumplimiento elimina toda angustia y duda, ya que esto se da cuando la distancia es más corta. Así es cuando el tiempo de espera es breve, al acercarse al momento de la realización, se duda de la misma, de la posibilidad de que se realice. Sin embargo, cuando es inminente, el miedo no es a que no se realice sino a que no cumpla con las expectativas formadas, es decir que cause desilusión. Pero lo más dramático, en sentido literal, viene después, cuando se ha realizado, porque de alguna forma contamos con su temporalidad y la ilusión se mezcla con la nostalgia, nostalgia que anticipa a la vez el posible fin de la ilusión, nostalgia que llama a una ilusión eterna.

Finalmente, Julián Marías acaba esta parte de la temporalidad hablando de la ilusión frente a la muerte. *«No es que los hombres de nuestro tiempo no sepan que tienen que morir, sino que esa certidumbre se desconecta de sus vidas, y estas se deslizan sin contar con ello, sin que la mortalidad intervenga en su detalle, modificándolo, dándole un sentido que le pertenece»*⁷³. No es que no pensemos ni hablemos de la muerte, que cada

⁷¹ Cf. BTI, p.50.

⁷² Ibid BTI, p.50.

⁷³ Ibid BTI, p.55.

vez menos, sino que hablamos de ella frívolamente, sin conciencia plena de su advenimiento, creo que por la dificultad que entraña anticipar el fin de nuestra existencia.

Sin embargo, se entiende también mucho mejor la vida como realidad radical en vistas de la muerte. A veces incluso cuando se piensa en la muerte, el hombre se adhiere o mejor dicho, se ajusta a una perspectiva que le hace pensar que la muerte no es el final de su vida, sino una especie de transformación, que con un vago y consentido desconocimiento le deja la puerta abierta a posibilidades de una especie de vida eterna, o de otra forma de existencia. La cuestión es que la vida se configura también en esa anticipación de la muerte por vaga o confusa que sea, y no es lo mismo, no entro aquí a analizar esta parte, la configuración de la vida ante la anticipación del fin, como la que se hace ante la anticipación de un cambio.

Respecto a la ilusión y a la muerte, la ilusión, o los procesos de la ilusión no se quedan ajenos a ella. Al contrario, la muerte parece otorgar más valor a la ilusión, e incluso que sea una experiencia valiosa al margen de lo que ilusiona, porque es la ilusión el color de una vida que pasa y que tiene que acabar. Si la vida, tal y como la entendemos ahora, fuese eterna, podríamos caer en la tentación de decir que sería fabuloso pues tenemos la eternidad para emprender todos los proyectos que se nos ocurran, y en parte es cierto, pero también, esos proyectos son valiosos porque hablan de *quiénes* decidimos ser en el tiempo que tenemos. Si la vida fuese eterna podríamos ser todo. Sin embargo, en el tiempo hay prioridad, y *quiénes* somos es esa prioridad que elegimos ser⁷⁴.

Julián Marías distingue dos tipos de ilusión en el horizonte de la mortalidad; las ilusiones cotidianas «*con las que contamos, que nos mantienen tensos y en expectativa, que nos ayudan a seguir viviendo, introducen una especie de campo magnético en nuestra temporalidad*»⁷⁵, y la ilusiones que dan el sentido a la vida, más duradera y extendidas en el tiempo, y que están fuertemente asociadas al proyecto vital, a la vocación si se quiere.

Las primeras nos alejan bastante, al ser reiterativas, de la cuestión de la muerte, pues no proyectamos su cese; no solemos proyectar la muerte como algo inmediato hasta que no

⁷⁴ Ser no en sentido clausurado.

⁷⁵ Ibid. BTI, p. 56.

tenemos razones para ello. Y si no suceden, si vivimos una desilusión porque un día no se cumplen o no cumplen las expectativas, siempre proyectamos que volverán otro día.

Sin embargo, la posibilidad de la desilusión en las segundas, en las más duraderas asociadas al proyecto, sí que nos sitúan frente a la muerte, pues son las que nos dan las razones para vivir, y las que nos recuerdan que hemos elegido ese y no otro proyecto para definir *quiénes* queremos ser. Por lo tanto, no es tanto por las emociones asociadas a la desilusión, sino porque esta desilusión afecta al *quién* que es mi proyecto vital.

Ilusión y deseo

«El deseo es mucho más amplio que la voluntad; se puede desear...todo: lo posible y lo imposible, lo inconciliable, lo presente, lo futuro y también lo pasado; lo que se quiere, lo que no se quiere y hasta lo que no se puede querer. Es abarcador, envolvente, quizá irresponsable. Pero es la fuente de vitalidad, el principio que nos mueve a todo, incluso a querer, cuando es con autenticidad. Gracias al deseo mana fontanalmente la vida del hombre, y no es una máquina de optar, de juzgar, de preferir»⁷⁶. Y con esto establece el problema de la voluntad respecto del deseo.

La voluntad ha desvalorizado el deseo, quizás en vistas de la ética; parece como si la voluntad, cuando el deseo se orienta a un fin bueno, tuviese que demostrar con la elección y la consecución de la elección, el valor de ese deseo. Y que como deseo por sí mismo no vale nada. Quizás también porque se ha asociado deseo a intención, y en la historia, fundamentándolas y justificándolas en parte en la intención, se han hecho muchas barbaridades. Pero voluntad y deseo son cosas diferentes y cada una tiene su valor en su plano. El deseo aquí aporta algo que la voluntad no puede; *«es el ámbito en que se engendra la ilusión»⁷⁷*. Sin embargo, como más adelante explicará Julián Marías, el deseo no tiene argumento, la ilusión sí. El primero no afecta a la proyección vital, no se puede narrar; la ilusión sí. El deseo se tiene o no se tiene, pero no tiene por qué ir insertado en

⁷⁶ Ibid. BTI, p. 61.

⁷⁷ Ibid. BTI, p. 61.

la narración; una ilusión puede haberse visto frustrada o cumplida y el deseo circula a su aire y responde a procesos más psíquicos.

La ilusión puede ser una instalación tal y como explica Julián Marías⁷⁸. Y para hacerlo alude a los conceptos de instalación y vector. Un vector es un segmento que define la dirección de una trayectoria. El proyecto, haciéndose, traza una trayectoria. El vector que la traza está constantemente cambiando por el sesgo que se produce, sesgo que acota el espacio y va definiendo la inclinación del vector. Las formas de instalación no son estáticas y la ilusión no es una excepción; es una instalación vectorial, pero esa instalación lo es también porque tiene cierto carácter de permanencia en la vida personal del hombre, y es lo que hace posible en esa instalación, ese vivir ilusionadamente como instalación y perspectiva. Hace posible las ilusiones, pequeñas o grandes pero temporales, que jalonan la vida y que van por el cauce del vivir ilusionadamente. Si, en cierto modo no estuviésemos instalados en la ilusión, estaríamos cerrando las posibilidades a esas ilusiones transitorias.

Ilusión y vocación

Cuando alguien nos menciona la palabra vocación, solemos pensar en alguna de sus acepciones referidas a formas concretas. Éstas son vocaciones parciales, se refieren a una parcela de la persona y *«son formas secundarias de la vocación, en la medida en que no envuelven a la persona en su totalidad y no tienen carácter singular, único»*⁷⁹. Son formas secundarias y hablan parcialmente del *quién*.

Nacemos en un tiempo en el que hay ciertas posibilidades ya abiertas por el hombre. Posibilidades que elijo o rechazo y personalizo. La vocación se forma por aquellas elecciones que se me hacen irrenunciables y por las cuales personalizo la circunstancia. Pero vocación en sentido estricto y total, entiendo que es ese *quién* que se me hace necesario proyectar.

⁷⁸ Cf. BTI, p. 66-67.

⁷⁹ Ibid. BTI, p. 70.

Señala Julián Marías⁸⁰ que oscilamos entre el azar y la necesidad; azar que irrumpe en mi vida y que me hace elegir su realización; «*es mi vocación, y la realidad de ésta es lo que llamamos felicidad*»⁸¹. Las vocaciones parciales cuando se personalizan, y ya no es ser algo que otros son, sino ser *yo* haciendo esto o aquello, se insertan en la vocación total de cada uno.

La ilusión distingue la vocación, que opera en vocaciones concretas parciales que van construyendo mi vocación total que es *quién* quiero llegar a ser, de otros caminos que incluso puedo llegar a tomar. Nosotros iniciamos trayectorias dentro del propio proyecto; las vocacionales son aquellas que va impregnadas de una mayor ilusión. El grado de ilusión que acompaña a la vocación también depende de la personalización y la reabsorción de la circunstancia, porque de ellas depende lo que proyectemos.

La vocación de cada uno es el *quién* que se le hace irrenunciable. Cuando en el Evangelio se relata la llamada de Jesús a sus discípulos, se dice que les llamó por su nombre (Mt 9,36-10,8) Nuestro nombre habla del *quién* irreductible y personalizado que es cada uno. Quizás aquí, Jesús nos hubiera querido decir que el nombre por el que nos llama es nuestra verdadera vocación.

La ilusión en el amor

Éste es el punto cumbre de este trabajo. No se puede hablar de amor a la ligera, y menos desde la filosofía. Amor, junto con vida, son palabras que en esta filosofía condensan realidades capitales para la persona. Si la realidad radical es la vida, mi vida, como el pie de la montaña, el amor es la cima.

⁸⁰ Cf. BTI, p.72.

⁸¹ Ibid. BTI, p. 72

La condición sexuada

Hemos dicho que estamos en el mundo corporalmente, pero hemos aludido ya varias veces en el trabajo al quién del proyecto, sin ir a la raíz de ese *quién*. Dice Julián Marías en Antropología metafísica que la condición sexuada es «una determinación capital de la estructura empírica, rigurosamente de primer orden: una de sus formas radicales de instalación»⁸². No es por tanto una realidad de la estructura analítica, pero es una de las formas permanentes de la empírica. No se trata de que varón y mujer sean dos especies diferentes, ni ser varón o mujer es un accidente; es una instalación. Para entender esta realidad Julián Marías apela a la disyunción: «El hombre se realiza disyuntivamente: varón o mujer. No se trata, en modo alguno, de una división, sino de una disyunción (...), la disyunción no divide ni separa, sino al contrario: vincula: en los términos de la disyunción está presente la disyunción misma, quiero decir en cada uno de ellos; o sea, que la disyunción constituye a los términos disyuntivos.»⁸³.

Esa vinculación hace que varón sea propiamente en vistas de la mujer y viceversa. Son realidades que se *co-implican* y se *complican*. Esta *co-implicación* hace que se proyecten el uno hacia el otro. «Frente a la suficiencia atribuida tradicionalmente a la sustancia, nos encontramos con la indigencia como condición del hombre»⁸⁴. Y esa indigencia, entiendo que, aunque también hace referencia a las cosas que necesito de la circunstancia para hacerme con ellas, sobre todo se refiere a los otros. Esto es en lo que Julián Marías, y entiendo que Ortega, fundamentan radicalmente la condición amorosa, y de la que parten todas las formas de realización de la misma.

Pero me atrevo a señalar un punto que se desprende aquí, de un comentario de Julián Marías al respecto: «Y por eso todo encuentro heterosexual, tiene un elemento por mínimo que sea, de ilusión -y el consiguiente riesgo de desilusión-, de promesa y cumplimiento o incumplimiento»⁸⁵. Y también: «La condición amorosa -esa condición extrañísima, en la cual se reconoce la imago Dei- es la que hace posible que el hombre se comporte ilusionadamente frente a ciertas realidades, que la ilusión sea una

⁸² Ibid. AM, p.161.

⁸³ Ibid. AM, p. 163.

⁸⁴ Ibid. BTI, p. 81.

⁸⁵ Ibid. AM, p. 217.

*modalidad de su proyectarse»⁸⁶. Y es que, aunque este tema sea complejo y no puedo desarrollarlo demasiado, no se está refiriendo aquí, cuando dice encuentro heterosexual, a un encuentro relacionado con la sola actividad sexual, sino que alude algo que Ortega trata en su obra de El hombre y la gente⁸⁷, y es el concepto de la *nostridad*. O al menos, cuando habla del reconocimiento de la imagen de Dios en la condición amorosa, entiendo que en la estructura trinitaria divina se lee la relación de *nostridad* que se establece entre hombre y mujer, o mejor en la dirección factible, desde la *nostridad* entendemos mejor la estructura trinitaria.*

Creo, aunque es solo una opinión, que la ilusión aparece de esta forma porque al proyectarnos en el *otro*, varón en mujer y mujer en varón, la promesa ilusionante es la de ser *quién*, es decir que la ilusión surge porque podemos ser *alguien* en vistas de *otro* con el que tenemos esa relación polar.

Nos presenta Julián Marías, la ilusión como una modalidad del proyectar, es decir, podemos estar instalados en la ilusión desde la que anticipamos nuestro *quién soy*, ese *quién soy* lo podemos anticipar ilusionadamente en vistas del otro sexo. Por así decirlo hay una proyección con dos direcciones que se retroalimentan; la primera es una proyección del *Yo* al *Tú*, y en vistas de ella una proyección hacia el futuro que se van haciendo simultáneamente, no paralelamente sino una en otra. Y si lo hacemos, como hemos visto en anteriores apartados, nuestro proyecto será más auténtico y más libre.

«Vivir no es un mero estar en el mundo, sino encontrarme en él por y para el prójimo»⁸⁸. Por, porque el otro es el motivo, y para porque hacia él me proyecto. Y dice más adelante Francesco: «En cualquier primer trato humano (...), las posibilidades íntimas son las últimas en crearse, porque entre yo y tú siempre está “él”: un nosotros o nostridad que permite a mí, originariamente, ser “reciprocante” del otro; y conforme ese trato se hace más próximo, sus términos exclusivos, la nostridad se acota a la vez que se profundiza, haciéndose el otro llamada irrenunciable de personalización: tú, amigo, padre, madre,

⁸⁶ Ibid. BTI, p. 83.

⁸⁷ Cf. HG.

⁸⁸ Cf. De Nigris, Francesco, «Mereología, teoría del conocimiento y metafísica de Ortega como fundamento de la Antropología Metafísica de Julián Marías». Universidad Complutense de Madrid, Anales del Seminario de Historia de la Filosofía, 2018, 35 (1), pp. 205-232.

*hijo, esposo.. »*⁸⁹. La *nostridad* es ese “él” que no soy *Yo* ni eres *Tú*, y no es inicialmente trato de intimidad personal pues hay una distancia inicial entre *Tú* y *Yo*, aunque a mí primariamente me consta la mía, del que no sabe a qué atenerse respecto de *otro*. En la personalización de esa *nostridad* están las relaciones humanas. Y la ilusión en todas ellas. Vamos a ver las más importantes para la vida personal.

Padres, hijos y abuelos

La *nostridad* es el *hombre*, como lo llama Ortega. Cuando un varón y una mujer tiene un hijo, esa *nostridad* se encarna. Pero incluso antes de su concepción ya hay un *quien* anterior, que es el *hombre*. Ya, ahí, hay creación. Desde esta perspectiva el aborto es indefendible, y no solo eso, sino que cualquier otra perspectiva, biológica, económica que no tenga en cuenta el *quién*, es reduccionista y por lo tanto no puede usarse para defenderlo. Dos párrafos más adelante hablaremos de los hijos como *innovación radical de la realidad* y esto supone, no solo que es una nueva vida sino, que es un proyecto que no es el mío, y por tanto una libertad a la que le corresponde decidir sobre su propia vida, y no le corresponde a nadie más.

Julián Marías nos cuenta que la relación que establecen los padres y los hijos es personal⁹⁰, no así en el animal que hay una relación por la supervivencia de las crías. Y esa relación hace que la paternidad y la maternidad se proyecten hacia la persona del hijo. Los padres proyectan sus vidas con las de los hijos, y eso es lo que permite la ilusión de los padres con los hijos.

La ilusión de los padres con los hijos es también porque ellos son una «*innovación radical de la realidad*»⁹¹. Los hijos son para los padres, por analogía a la suya propia, una nueva realidad radical. Los padres anticipan y por y para los hijos, y con los hijos; como motivo, como dirección de anticipación y como *quiénes* irreductibles con los que anticiparse. Y

⁸⁹ Cf. De Nigris, Francesco, «Mereología, teoría del conocimiento y metafísica de Ortega como fundamento de la Antropología Metafísica de Julián Marías». Universidad Complutense de Madrid, Anales del Seminario de Historia de la Filosofía, 2018, 35 (1), pp. 205-232.

⁹⁰ Cf. BTI, p. 85-86.

⁹¹ Ibid. BTI, p.86.

además son testigos del hombre que llevan en sí por el momento histórico en el que han nacido, que es en parte lo que fueron ellos.

Sobre la ilusión a la inversa, es decir, la de los hijos por los padres dice: «*Cuesta trabajo a los hijos caer en la cuenta de que los padres tienen su vida propia, y de hecho ésta parece agotarse en su paternidad, y más aún en su maternidad*»⁹². Los hijos reducen a los padres a la relación de filiación que tienen con ellos; es la incondicionalidad de los padres, su dedicación y su proyección con ellos, que al nacer la vida ha cambiado proyectivamente, lo que hace que los hijos los perciban como solo «padres».

Pienso que a veces no sucede esto, sino que los padres no se presentan como incondicionales, que hay algo en su paternidad o maternidad que altera el concepto de padre o madre que los hijos suelen tener. Pero hay algo que pese a todo lo que pueda acontecer no cambia: que se es padre, madre e hijo. Sin embargo, cuando no hay esa normalidad en la relación de la filiación, los hijos sí que suelen darse cuenta de que los padres tienen vida propia, que en este caso prima sobre la paternidad o la maternidad, sobre todo porque tienen que acudir a ella para explicar esa primacía.

Respecto a los abuelos dice Julián Marías⁹³ que no son ellos educadores primeros y directos de los nietos, viven con mayor distancia biológica su crecimiento y sin embargo por todo ello la ilusión de los nietos con los abuelos es mayor que con los padres. No se les ve como inmediatos a ellos mismos y por ello se presupone una vida propia más fuerte que la de los padres.

La ilusión de los nietos por los abuelos está cambiando, al menos en España. Lo normal sería lo que nos cuenta Julián Marías, pero debido al fenómeno, causado por múltiples factores, de que, muchas veces los abuelos son educadores directos de los nietos, incluso a veces únicos educadores, la relación con los abuelos se ha paternizado o maternizado. Pero en principio, en lo que deberían ser condiciones normales, la ilusión de los nietos por los abuelos permite a los primeros descubrir en los segundos, un sentido profundo de la historia del hombre, ya que es una generación cercana pero no es el *hombre* que son, ni proyectan, ser ellos.

⁹² Ibid. BTI, p.87.

⁹³ Cf. BTI, p.88.

Ilusión y mismidad

Dice Julián Marías: «*Si se piensa que el yo pasado no es propiamente yo, sino solo circunstancia, algo con que me encuentro para hacer mi vida, se ve que la mismidad no es nada ya hecho y que esté ahí, y en lo cual quepa una complacencia narcisista, sino el proyecto radical que constituye a cada uno*»⁹⁴. Antes de hablar del amor a mí mismo, conviene rescatar la idea de la frase de Ortega: «*Yo soy yo y mi circunstancia*».

Es fácil pensar en la circunstancia como algo externo a mí, es todo aquello que no es mi proyecto, pero también es lo que fui e hice con la circunstancia de ese momento, por eso *Yo*, que es mi vida radical desde donde parto, soy *yo* como proyecto y mi circunstancia que es mi pasado también. Por eso la *mismidad* es algo que siempre está por hacer. Y por eso su contemplación no es narcisista, sino que es mirar mi pasado, mi circunstancia para hacer el futuro. Y luego se entiende mejor la segunda parte de la frase «*si no la salvo a ella no me salvo yo*», si no salvo mi pasado, es decir, si no justifico mi pasado con mi acción de futuro, si no lo reelijo, rehaciéndolo, redirigiéndolo, entonces no me salvo, no hay *yo*.

Se tiene ilusión por el proyecto como ya hemos visto, por la anticipación, pero es que el proyecto es proyectarme a mí, el proyecto es un ingrediente mío, y por tanto me ilusiono conmigo mismo. Y por eso dice Julián Marías: «*Tener ilusión por uno mismo quiere decir vivir ilusionadamente*»⁹⁵, eso es estar en la ilusión como instalación, porque si hay anticipación con ilusión, inevitablemente se está ilusionado con uno mismo, se está en la ilusión.

Puede ser, como explicamos anteriormente que el proyecto no ilusione como el caso de la vejez ligada a la falta de ilusión, pues en este caso el proyecto se debilita y nos vamos cosificando. Puede ser también que haya una mala comprensión de lo que soy yo; a veces la falta de autoestima viene por pensar que solo somos la circunstancia en cuanto lo que ha pasado y no somos capaces de proyectarnos, creo que éste podría ser el fundamento de la depresión que no sea exclusivamente endógena si es que la hay, y también puede

⁹⁴ Ibid. BTI, p. 92.

⁹⁵ Ibid. BTI, p. 93.

ser que no identifiquemos el primer yo de la frase de Ortega como realidad radical y entonces nos despersonalicemos y cosifiquemos, dándole a otros nuestra responsabilidad de vivir, nuestra libertad y en ella nuestra elecciones. En todas estas formas de pérdida de ilusión hay problemas con el proyecto, y es que van íntimamente entrelazados.

Ilusión en la amistad

«La amistad es siempre una relación humana de carácter individual y desinteresada, no utilitaria. El amigo no es tratado nunca como cosa, como algo de lo que se espera utilidad, servicio, placer, sino como alguien, como persona»⁹⁶. Cualquier persona, no necesariamente amigo, es *alguien* respecto al que atenerme para hacer mi vida, ese *alguien* además es proyecto personal, y por lo tanto es *alguien* que me abre la posibilidad de proyectarme con él. La amistad, además de todo esto, hace que en ese proyectarme con el *otro*, su proyecto y el mío compartan ámbitos, y además su proyecto me importa e intento que lo lleve a término; me hago, no en sentido último sino colaborativo, responsable de su proyecto. No me puedo hacer responsable en sentido último de su proyecto porque su vida es su realidad radical por analogía a la mía, y él está, también por analogía, solo en su libertad. «Las trayectorias vitales se entrelazan, al menos alguna de las trayectorias de uno con alguna de las del otro. Los amigos se proyectan personalmente juntos, y esa compañía en el mismo argumento de la vida, anticipada y cumplida, que potencia cada una de las vidas individuales, es vivida con ilusión que puede ser muy viva e intensa»⁹⁷.

Maestros y discípulos

Cuando nos referimos a maestro y discípulos no se acota, y al menos ahora no lo mentamos solo en este sentido, a la enseñanza, si no más bien a la educación. Si bien Julián Marías sí que menciona reiteradamente ejemplos sobre la docencia. Esa educación no es una educación como la que ocupa a los padres.

⁹⁶ Ibid. BTI, p.95.

⁹⁷ Ibid. BTI, p.96-97.

La relación que se genera entre discípulos puede llegar a ser similar a la de los hermanos o los amigos, pues se sitúan entre sí respecto a la relación con el maestro; relación que configura la de los discípulos. Sobre todo esto sucede cuando aquello en lo que se educa es la vida y puede desembocar en experiencias radicales para el discípulo. Quiero decir, se puede hablar, y se habla, de maestros y discípulos por ejemplo en una corriente de pintura o de psicología, o de una clase de universidad, pero aquí me estoy refiriendo a cuando el maestro es ante todo modelo de vida y suscita con lo que es, y con lo que transmite, experiencias de vida radicales en su discipulado.

Podríamos objetar que no todos los discípulos, o estrictamente ni siquiera dos de ellos, tienen por qué coincidir en la vivencia de esas experiencias, pero los discípulos siguen al maestro libremente, en principio, y por tanto, es porque algo de lo que viven en esa relación les habla de su vida o al menos les interesa como para continuar esa relación que está, cuánto menos, configurando su proyecto.

La relación con el maestro es, o puede llegar a serlo, parecida a la de la filiación entre padres e hijos, con una diferencia importante; el maestro no tiene un deber de educación para con los discípulos y está a suficiente distancia de ellos como para que estos puedan verle como proyecto haciéndose independiente de ellos, a diferencia de la relación con los padres.

La figura del maestro aparece como admirable, como proyecto auténtico que como lo es busca que los de los discípulos así lo sean. Dice Julián Marías que *«El maestro tiene que enseñar algo; los discípulos han de aprenderlo (...), se trata de la formación de unos jóvenes por una persona mayor que intenta sacar de ellos su contenido más verdadero. Los proyectos vitales actúan pues en esa relación»*⁹⁸. Entiendo que esa admiración está estrechamente ligada a la ilusión; aparte de la ilusión de la amistad particular que surge entre maestro-discípulo.

Es una ilusión que, considero personalmente, nace de una proyección en vistas del maestro y con él. Es proyectarse siendo en parte él, comparando de alguna forma

⁹⁸ Ibid. BTI, p.99.

proyectos para ajustarlo al del maestro, de ahí la imitación inicial. El discípulo se proyecta en la dirección del maestro, y normalmente o sobre todo al principio no ve mucho más allá pues la admiración por el maestro le parece una amplitud de posibilidades mayor que la que él mismo se planteaba. En el maestro hay también ilusión, y mucha, pero es curiosa, el maestro, o el buen maestro que no es soberbio, proyecta a los discípulos mucho más lejos de lo que se alcanza a proyectar a sí porque cuenta con su situación actual como punto de partida o al menos punto actual o próximo punto de partida para el discípulo.

Ilusión y amor: Entre varón y mujer y el enamoramiento

La ilusión es por alguien y nace del descubrimiento del otro y de él se va alimentando. Es un descubrimiento continuo del *otro* porque no se agota, y tiene lo que Levinas llama *el secreto*, y que en Ortega es el *fondo insobornable*, que es lo que hace posible el proyecto y que es la fuente de ilusión; al menos la fuente de sus posibilidades.

Y particularmente esto se vive en la contemplación del rostro del otro, «*esta exploración requiere ser ya ilusionada para ser eficaz; solo mediante la ilusión se puede penetrar en esa realidad que está detrás del rostro visible (...) la expectativa de su manifestación es ya un primer grado de ilusión*»⁹⁹. La anticipación primera que abre la ilusión se produce en la contemplación del rostro del otro, el anuncio del quién.

«*El descubrimiento personal es, por tanto, triple: de la persona por quien se siente ilusión, por parte del que la siente; del sujeto de ella, que se va aclarando y desplegando al hilo de su proyecto ilusionado; finalmente, de la persona ilusionante, a sus propios ojos, a la luz de la ilusión que despierta, en la medida en la que la conoce o adivina*»¹⁰⁰. Por eso desemboca en el proyecto de ser *alguien por, para y con alguien*.

Cuenta más adelante Julián Marías el ejemplo de Pepita Jiménez de Juan Valera¹⁰¹ y de cómo en el diálogo con Pepita se descubre en su discurso que en el amor ilusionado uno se realiza en el otro. «*La ilusión no es amor, no es todavía amor, aunque sí condición de*

⁹⁹ Ibid. BTI, p.104.

¹⁰⁰ Ibid. BTI, p.105.

¹⁰¹ Cf. BTI, p. 111-114.

su posibilidad auténtica, hasta el punto de que, si la ilusión no llega a florecer, o se extingue, o es muy débil, o se la pasa por alto, las probabilidades del amor son mínimas»¹⁰². El amor es entrega, pero necesita de la ilusión para realizarse.

El enamoramiento es «*el estado en el que se queda el que se ha enamorado*»¹⁰³, no su proceso como se entiende vulgarmente. «*Consiste en que la persona de la cual estoy enamorado se convierte en mi proyecto. No me proyecto hacia ella sino con ella, como ingrediente de mi proyecto. Sin ella no soy en rigor yo. (...) La entrega libre y necesaria al enamoramiento auténtico es la forma suprema de aceptación del destino y eso es precisamente lo que llamamos vocación*»¹⁰⁴. Uno cuando está enamorado y el proyecto de ambos, juntos, se realiza, ya no se entiende uno a sí mismo sin el otro. La ilusión mantiene el proyecto de ambos, hace posible el amor del uno al otro. El uno se convierte en la vocación del otro.

La ilusión en la presencia y en la ausencia

La ilusión, anteriormente vinculada a la anticipación, tienen un elemento de latencia¹⁰⁵, en el sentido de que la anticipación es siempre sobre algo que, aunque se conoce o al menos se intuye, está ausente. Aparece entonces la ilusión por la verdad oculta que nos llama a desvelarla, por el hecho de que estar oculta, supone un problema en la vida del hombre.

«La famosa palabra filosofía, entendida tradicionalmente como amor a la sabiduría, en algunos casos como afición, ¿no podría interpretarse como ilusión por saber? ¿No incluiría esta traducción el elemento de complacencia en la realidad que me parece esencial? Explicaría el carácter personal de la filosofía, el hecho de que no consiste en sus resultados, en lo conocido, en las tesis a que pudiera reducirse, sino que es primariamente un hacer del hombre, en que éste queda envuelto, ligado a su trayectoria biográfica»¹⁰⁶. Cabe resaltar el carácter personal de la filosofía; es una filosofía que habla

¹⁰² Ibid. BTI, p.115.

¹⁰³ Ibid. BTI, p.116.

¹⁰⁴ Ibid. BTI, p.117.

¹⁰⁵ Cf. BTI, p.120-121.

¹⁰⁶ Ibid. BTI, p. 121-122.

de mi vida proyectándose, y por tanto ilusión como fuente de fecundidad en el proyecto. No se reduce a lo conocido, sino que abre y crea posibilidades que no están.

Dice Julián Marías que *«la máxima intensidad de ilusión se da en la presencia henchida de futuro que pide y promete continuidad (...) la presencia que no acaba es la fórmula plenaria de la ilusión»*¹⁰⁷. Es la ilusión que nos da el rostro del otro, inagotable, presencia que no se agota en sí misma. Es también la ilusión que veo que nos puede dar el propio proyecto cuando lo vemos haciéndose, una ilusión por la propia presencia que tampoco se agota.

Ante el otro y la ilusión por su presencia, pregunta Julián Marías: *«¿qué se pretende en cada caso de una persona? (...) Muchas veces lo que se llama desilusión es simplemente la inadecuación de la ilusión proyectada sobre alguien; quiero decir la confusión respecto a lo que realmente se pretendía de ella»*¹⁰⁸. Supongo que lo que corresponde pretender del otro es hacerle feliz, y para ello dotar de ilusión ese proyecto en el que nos proyectamos juntos.

El gran Ausente es Dios. Casi al final de este capítulo Julián Marías trata el tema de la ilusión por Dios y la proyección de nuestra vida en la otra vida. Nos habla de que no es posible la proyección en la otra vida sin el proyecto. Es una contradicción bastante lógica. Pero implica que no podemos dejar de entender la otra vida como vida y por tanto no podemos abandonar la circunstancia en la vida que proyectamos. Alude a la poesía de San Juan de la Cruz para analizar los verbos que utiliza, y son verbos que implican circunstancia, que hablan de un seguir haciendo y por tanto un seguirnos haciendo.

Acaba este capítulo hablando del verbo de la ilusión: el desvivirse. Verbo que parte de la instalación de la ilusión, de estar ilusionado, pero que no se queda ahí. Pienso que de hecho tiene profunda relación con la mística, la verdadera. Es la ilusión por algo o por alguien que nos lleva a salir de nosotros para volcarnos en lo que amamos, salida que no es nunca desconexión del yo, ni del primero ni del segundo de la fórmula de Ortega.

¹⁰⁷ Ibid. BTI, p. 123.

¹⁰⁸ Ibid. BTI, p.126.

La ilusión en el proyecto

El título de este apartado intenta ser el equivalente de “La ilusión en mi vida”. Vida entendida como realidad radical de la que solo puedo añadir “mi”. Hasta ahora hemos visto en esta segunda parte diferentes aspectos de consistencia de la ilusión y la ilusión en el amor; ahora vamos a ver cómo se aúna todo ello en el papel de la ilusión en el proyecto.

Dice Francesco de Nigris en una conferencia titulada *Nacidos para amar: «El hombre tiene muy pocos instintos, aunque hay muchos que quieren justificar su comportamiento a través de ellos (...) cuando nace es una realidad completamente menesterosa»*¹⁰⁹. Es una realidad completamente menesterosa, no solo porque se encuentre biológicamente necesitado de alguien que le mantenga al menos en la existencia mientras él no puede valerse por sí mismo, sino que, necesita de alguien, un Tú, para ser otro alguien, Yo. Su vida, consciente o inconscientemente va a ser hacerse, y contar quién es.

*«La vida del hombre es preguntarse ¿quién soy?, y buscar constantemente respuestas (...) Para responder a quién soy tengo que pensar, tengo que ser dueño de mi mismo (...) estoy radicalmente solo en la libertad de decidir quién soy»*¹¹⁰. Esa soledad me es anunciada por un no saber a qué atenerme en la vida y porque nadie me la hace, y empiezo a orientarme en lo que tengo que hacer desde mis formas de instalación más inmediatas como es la corporeidad, y la condición sexuada; ambos referidos a lo otro y al otro. Y son formas en las que me encuentro ya viviendo.

Comenta después las palabras del Gran inquisidor de Sevilla de Dostoievsky cuando le dice que *«ha abandonado al hombre a su libertad, pero no solo eso sino, a la responsabilidad de buscar razones para amar al prójimo todos los días, y en eso amar a Dios»*¹¹¹ y cuenta como al final de la historia se vuelve a matar a Cristo porque no se le entiende. Dice también que *«Amar al prójimo como a uno mismo son proyectos de amor.*

¹⁰⁹ De Nigris, Francesco, “Nacidos para amar: El amor en Julián Marías” (2010). Sociedad Aragonesa de Ciencias y Humanidades. Caja Laboral en Zaragoza.

¹¹⁰ De Nigris, Francesco, “Nacidos para amar: El amor en Julián Marías” (2010). Sociedad Aragonesa de Ciencias y Humanidades. Caja Laboral en Zaragoza.

¹¹¹ De Nigris, Francesco, “Nacidos para amar: El amor en Julián Marías” (2010). Sociedad Aragonesa de Ciencias y Humanidades. Caja Laboral en Zaragoza.

Es una invitación a ser alguien. Eso ¿cómo se hace? (...) Pone el peso de la responsabilidad sobre la libertad última de la persona que haga o no haga algo, y que sea capaz o no de hacerlo»¹¹². Dios es otro respecto al que también se proyecta ser alguien; de hecho Dios nos ha invitado a ser alguien con la sola creación del hombre, nos ha creado con la misión de hacernos. Es verdad que no podemos no hacernos, pero lo que sí podemos es dejar las elecciones que conforman nuestro proyecto al azar, perdernos en la circunstancia y dejar que nos absorba; ser hombre-masa, ser impersonal.

«Las creencias sociales no nos aseguran una realización de nosotros mismos, porque son impersonales, no son realmente nosotros; nosotros en cada momento somos únicos e irreductibles»¹¹³. Antes hablábamos de la ilusión en el amor a uno mismo, la clave del amor a uno mismo creo que es revisar si actuamos conforme a esa irreductibilidad que somos.

Francesco de Nigris menciona la sorpresa varias veces en su conferencia. No hemos hablado de la sorpresa y la ilusión propiamente. Por definición, pudiera parece que la sorpresa es contraria a la anticipación; cuando anticipo visualizo, doy contenido a unas expectativas. La sorpresa se da cuando lo que acontece no tiene relación con las expectativas.

En principio, la sorpresa como emoción básica, es neutra, no es en sí, ni positiva ni negativa, pero me atrevería que la evolución terminológica de ilusión ha afectado directamente sobre la sorpresa, inicialmente neutra. Podemos usar el término sorpresa para referirnos a una sorpresa negativa, algo que acontece que nos supone una decepción, desilusión, tristeza, angustia..., pero usamos más para ello la palabra susto. Incluso “mala noticia”, “nos dieron una mala noticia”, cuando es algo inesperado, y en estas expresiones incluimos la reacción a esa expectativa. Sin embargo, el uso de sorpresa ha derivado más en el sentido de expresiones como “dar una sorpresa”, “déjate sorprender” como algo positivo asociado a regalos, momentos importantes, acontecimientos sociales. De hecho,

¹¹² De Nigris, Francesco, “Nacidos para amar: El amor en Julián Marías” (2010). Sociedad Aragonesa de Ciencias y Humanidades. Caja Laboral en Zaragoza.

¹¹³ De Nigris, Francesco, “Nacidos para amar: El amor en Julián Marías” (2010). Sociedad Aragonesa de Ciencias y Humanidades. Caja Laboral en Zaragoza.

la mayoría de los diccionarios, después de la primera acepción referida a la emoción neutra, suelen asociar sorpresa a ejemplos de acontecimientos inesperados optimistas.

La ilusión y la sorpresa han evolucionado juntas. Puede parecer que la sorpresa no tiene que ver con lo que se puede anticipar, pero rodea a la anticipación por ambos lados; si lo que esperábamos no sale como esperábamos, la sorpresa es negativa, si sale mejor de lo que anticipábamos es positiva. Pero aún más. Aquel que está ilusionado, está instalado en la ilusión, vive en tensión y le ilusiona la sorpresa, porque proyecta el futuro como algo abierto, siempre nuevo y como potencia de hablar de ese quién que tiene mucho de libertad y elección y algo de azar. Y por otro lado la sorpresa mantiene la ilusión viva, le recuerda que no todo es anticipable y las cosas pueden no salir como preveemos, si siempre fuesen como anticipamos no habría riesgo de desilusión y por tanto de ilusión.

Francesco habla también de la responsabilidad del proyecto que estriba en lo que Ortega llamaba la ideificación de las creencias, es decir, las creencias hacerlas más, personalizarlas. «Darles un sentido desde las vivencias radicales y únicas que tengo en mi vida»¹¹⁴. Aquí vemos la conexión entre vida como realidad radical, vivencias radicales, libertad y responsabilidad respecto de las creencias. La responsabilidad está casada con la libertad, y mi responsabilidad primera es mi vida, soy yo.

«El filósofo intenta sobre todo dar un poco de esperanza (...). Necesito elegirme teniendo la idea de que ese quién que puedo llegar a ser pueda ilusionarme»¹¹⁵ y respecto a esto, hasta ahora hemos tratado mucho el tema del quién respecto a lo que proyecto ser, pero el azar merece también un comentario. De hecho, al azar es, según veo, aquello que nos permite cerciorarnos de que realmente vivimos ilusionados, que para nosotros estar ilusionados es una instalación. El azar es aquello que puede irrumpir en nuestro proyecto y descolocarlo por completo. Pero visto profundamente, el azar pone a prueba el proyecto y en cierto modo, cuando es vocacional y el azar en la circunstancia intenta truncarlo, salvar nuestro proyecto, esto es intentar realizarlo pese a lo que pueda suceder, lo fortalece, lo hace más auténtico.

¹¹⁴ De Nigris, Francesco, “Nacidos para amar: El amor en Julián Marías” (2010). Sociedad Aragonesa de Ciencias y Humanidades. Caja Laboral en Zaragoza.

¹¹⁵ De Nigris, Francesco, “Nacidos para amar: El amor en Julián Marías” (2010). Sociedad Aragonesa de Ciencias y Humanidades. Caja Laboral en Zaragoza.

La ilusión en el azar es muy curiosa; nos cerciora de que estamos instalados en la ilusión, porque el azar es lo imprevisible. A veces el azar es algo que ni siquiera podemos imaginar que va a suceder, a veces no, pero ¿cuántas veces, frente a algunos acontecimientos, hemos pensado que era inimaginable que sucedieran? Si frente a esas posibilidades improbables, que nos cuesta imaginar, seguimos teniendo ilusión por las posibilidades que podemos abrir al personalizar esa circunstancia que ni siquiera se puede anticipar concreta, entonces vivimos instalados en la ilusión. Es la apertura a que la circunstancia nos ofrezca nuevas posibilidades de vivir nuestro proyecto, y mil perspectivas más para elegirlo una y otra vez.

La ilusión en el proyecto es la que lo hace posible y lo mantiene, y la que hace que en ese proyecto estemos instalados en una felicidad por aquello que está siempre por llegar y por crearse. La ilusión es fecundidad en el proyecto. Es ilusión por la vida, mi vida y nuestra vida.

Conclusiones

El hombre tiene un problema: que tiene que hacer su vida, ¿por qué tener que hacer su vida es un problema? Porque no sabe a qué atenerse, pero lo puede llegar a saber. Para poder hacer su vida tiene que tomar conciencia de su yo, y para eso, primero tiene que encontrarse con el tú, y entonces se hace en vistas del tú y de la circunstancia. La ilusión no es un accesorio en la vida del hombre que la hace más llevadera, sino que hace posible el proyecto.

No voy a hacer aquí un compendio de todas las ideas que han ido apareciendo en este estudio, porque ya me he tomado la libertad de exponerlas según surgían para no despegarlas de su argumento y fundamentación. Expongo ahora algunas ideas, en su sentido más estricto aquí, surgidas después del estudio.

El amor a la verdad no puede ir nunca desligado del conocimiento, puede no ser un conocimiento como lo que vulgarmente conocemos por “erudito”, pero siempre es conocimiento si desvelamos la verdad, con lo que hemos visto que significa desvelar. Y en este sentido, en la tradición religiosa siempre se ha penado la soberbia, y la soberbia

ligada al conocimiento. Pero la soberbia no es posible si hay conocimiento de la verdad, de mi verdad. Conocer la verdad de mi vida es caer en la cuenta de mi vida como realidad radical y la responsabilidad ante la libertad que me ha sido dada para hacerme. La salvación del hombre, no ya respecto a ultimidades sino a la vida presente, es la justificación del proyecto en vista de la circunstancia, y esto es estrictamente personal, y, por tanto, no cabe un juicio hacia el otro y su proyecto. No cabe tampoco el irrumpir en su vida con pretensión de “arreglarla”, porque ese arreglo siempre se hará desde la propia vida como realidad radical y por tanto no será el proyecto del otro sino el mío en la vida del otro, despersonalizándola. Solo cabe la salvación en lo que nuestro proyecto, el de la nostridad, puede revertir en el propio. Y como ese proyecto ya es nuestro y no solo mío, no hay lugar a soberbia.

A respecto de la despersonalización, por la misma razón no tiene sentido el dogma. El dogma, no solo por su afirmación que ya supone un problema respecto al tiempo como verdad estática e inmutable, si no sobre todo porque ninguna verdad que se afirme está desligada de la vida desde la que se afirma. Es por tanto una interpretación personal, una perspectiva, y es de alguien o de “alguienes”. Intentar generalizar para todo el mundo esa verdad, indefendible en sí misma por estar extirpada del tiempo, es una forma de totalización.

También la humildad, mejor dicho, falsa humildad según veo, surgida de la falsa soberbia antes expuesta, tradicionalmente se ha entendido como la humillación y sumisión del propio punto de vista frente a “la verdad”, verdad dogmática como he dicho. La humillación del punto de vista propio, es grave. Supone el rechazo de la perspectiva personal, perspectiva que nace de una instalación corpórea y circunstancia. Esto tiene dos vías de destrucción del proyecto.

La primera referida al cuerpo, y de ahí todo el tema de la mortificación física. El rechazo al cuerpo porque nos ofrece una perspectiva que se puede desviar de esa verdad, supone el rechazo de mi instalación, de cómo estoy en el mundo, de mi yo primero, de mi vida como realidad radical, eso no solo me despersonaliza, sino que me cosifica. Intentar ver la verdad, misión imposible por cierto, desde el objeto, objetivamente, es lo que me cosifica.

La segunda, tanto o más grave, es la destrucción de la circunstancia, que es también la trayectoria que mi vida y mis elecciones han dejado tras de mí. La destrucción de esa circunstancia supone, de forma directa la negación de mi historia, y en consecuencia, la negación de la historia, y eso hace imposible proyectar, porque negamos la circunstancia que es lo que nos hace saber a qué atenernos para nuestro proyecto. Sin circunstancia no hay proyecto: «*Si no la salvo a ella no me salvo yo*».

Y por alusión, el tiempo, concretamente el presente, es un problema, que ya Francesco planteó en el curso de “*Lectura y análisis crítico de textos especializados*”. Porque cuando nos referimos a él, siquiera lo pensamos, ya es pasado. Sin embargo, es el tiempo de la elección y por tanto de la libertad, el tiempo del hacerse y el tiempo de la reabsorción del pasado para poder hacerse en vistas del futuro, de quiénes esperamos ser.

Sobre las líneas de investigación que se abren a raíz de este estudio, son todas las posibles respecto a la filosofía de Ortega y Gasset y Julián Marías, y a toda la historia de la filosofía desde ella. Este estudio solo ha sido una aproximación muy leve y rápida a todo lo que me espera. Y la ilusión ha sido un punto de partida perfecto para aproximarme a ella. Quizás, si tuviese que proponer un paso contiguo al que he dado sería entender lo que es el mapa del mundo personal, y seguir viendo cuál es el papel concreto de la ilusión es cada uno de los ámbitos de ese mundo personal. Creo que la ilusión en cada uno de esos ámbitos podría ser muy útil a la psicología para radicarse en lo que es de verdad la persona y desde ahí formular una nueva ruta.

Recientemente en mi vida ha habido muchos cambios. Me ha resultado enormemente curioso, además de que era el tema que estaba estudiando, que varias personas que no son de mi círculo más próximo me han preguntado “y eso ¿te hace ilusión?”. Han empleado el sentido más español de la palabra, el sentido que aquí hemos destacado. Me pregunto si lo han hecho de forma mecánica, porque queda bien y es educado, o realmente le otorgan una importancia a que “me haga ilusión”. Lo que realmente me hacía ilusión era pensar que estas personas quizás tengan en cuenta y piensen sus ilusiones.

Ahora voy a hablar del sentido y la importancia que este pensamiento tiene para mí; Julián Marías hablaba, lo hemos nombrado en el apartado de la vocación, de huecos preexistentes en los que encaja una realidad a la que nos sentimos llamados. Estos años

atrás de mi vida han consistido en localizar esos huecos, pero no las realidades conforme a las cuales esos huecos tienen sentido. He intentado meter círculos cuando mis huecos eran cuadrados. Es más, he intentado definir una forma para mis huecos, sin saber que tienen una forma muy concreta que no he elegido.

La ilusión en mi vida ha tenido altibajos. Desde luego los bajos siempre han estado relacionados con las frustraciones de no radicar la realidad en mi vida. Esto me ha hecho pensar que la ilusión era un vaivén de emociones absurdas que hay que superar y a pesar de la cual hay que realizar el deber, pero no mi deber. Aún así, quizás porque me negaba a aceptar que todo fuese tan simple, que no sencillo, y doloroso a la vez, decidí que tenía que seguir buscando respuestas a esos huecos; no entonces con la ilusión de llenarlos, sino solo con la esperanza de tener respuestas, esperanza que no ilusión.

Cuando de frente me topé con la ilusión, doble, de mi vida, fue sencillo, que no simple, identificarlo como aquello que estaba hecho para mí, que hablaba de mi vida, con lo que me proyectaba casi sin límite. Y lo que me causaba ilusión saturada, ilusión saturada doble; la ilusión primera de ser alguien con alguien, y la ilusión segunda de poder conocer, entender y pensar aquello que yo soy.

Esa ilusión primera de ser alguien con alguien, hace que *¿quién soy?* sea una pregunta que me hace ilusión mantener en mi vida, y responder continuamente de una forma nueva, porque el otro desvela en mí perspectivas que no entraban en las posibilidades que podía imaginar; porque con el otro soy ese quien que quiero ser, y porque ese proyecto que anticipamos salva la circunstancia, le da sentido y un valor infinito y personal. Puedo decir que mi circunstancia ha sido salvada, con mi ilusión y conmigo; mi quién ha sido salvado por otro quién. La salvación tiene un nuevo sentido; para mí ahora no es respecto a las ultimidades, sino respecto a quién soy y quién somos, que son mi mayor responsabilidad.

La ilusión segunda no se entiende sin la primera y viceversa. La ilusión segunda es la filosofía, de hecho la primera también, pues no se puede separar de la vida, al menos en esta filosofía, pero me refiero a la ilusión por el estudio de la misma. Está íntimamente ligada a la primera y han aparecido juntas, y si bien antes tenía inquietudes por esta y la

buscaba, fue la primera, la que no buscaba, la que irrumpió en mi vida. Y de su mano iba la segunda.

Ante ambas: responsabilidad e incertidumbre, responsabilidad por haber tomado consciencia de lo que significan, incertidumbre por anticipar posibles fracasos, impedimentos; posibles desilusiones. Desilusiones que me permiten tener ilusión por su realización.

«*Yo soy yo y mi circunstancia, si no la salvo a ella no me salvo yo*», tiene ahora un sentido nuevo, y espero poder seguir haciéndome conforme a ello. Espero, y me ilusiona, poder estar a la altura de mi tiempo.

Bibliografía

De Nigris, Francesco, *Libertad y Método: El liberalismo desde la perspectiva personal de Ortega y Marías* (2005). Madrid, Fundación Universitaria Española.

De Nigris, Francesco, “Mereología, teoría del conocimiento y metafísica de Ortega como fundamento de la Antropología Metafísica de Julián Marías”. Universidad Complutense de Madrid, *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 2018, 35 (1), pp. 205-232.

De Nigris, Francesco, “Nacidos para amar: El amor en Julián Marías” (2010). Sociedad Aragonesa de Ciencias y Humanidades. Caja Laboral en Zaragoza.

Dostoievsky, Fiodor, *Los Hermanos Karamazov: El Gran Inquisidor* (2011). Madrid, Alianza Editorial.

Marías, Julián, *Antropología metafísica* (1970). Madrid, Revista de Occidente

Marías, Julián, *Breve tratado de la ilusión* (1984). Madrid, Alianza editorial, 2014.

Marías, Julián, *Introducción a la filosofía* (1947). Madrid, Revista de Occidente, 1953.

Marías, Julián, “La libertad” (2002) Ciclo «Cambio de siglo». Fundación de estudios sociológicos FUNDES.

Marías, Julián, *Mapa del mundo personal* (1993). Madrid, Alianza editorial, 2010.

Marías, Julián, *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida* (1995). Madrid, Alianza editorial, 1996.

Ortega y Gasset, José, *El hombre y la gente* (1957). En Obras completas tomo VII. Madrid, Revista de Occidente, 1964.

Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote* (1914). Edición de Julián Marías. Madrid, Cátedra, 2014.